

Cantar de lo vivido

Antología personal

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

RAÚL CÁCERES CARENZO

Cantar de lo vivido

Antología personal

Prólogo

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

FOeM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Cantar de lo vivido. Antología personal

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Raúl Cáceres Careno

ISBN: xxx-xxx-xxx-xxx-x

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/30/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

DECANTAR LO CANTADO

(Yo llevaba un puñado de amanecer en mí)

CARLOS PELLICER

El poeta nace después del hombre, pero le sobrevive; su mundo es en mucho el de todos y, no obstante, algo le añade para que no sea el mismo, cotidiano y voraz, pedestre y zafio. Este valor agregado es el de la extrañeza frente a lo antiguo de las cosas y la capacidad que ellas tienen de renovarse con el poder de la palabra bien templada, la que se entona en música y se afina en imágenes. La flor del canto.

Para interpretar a Raúl Cáceres Careño, nadie como él mismo. Se hizo personaje a la medida de la poesía y, desde que tiene voz propia, siente hondo, habla fuerte y pronuncia claridades que reflejan luces próximas, aunque su irradiación personal es inconfundible: “En el poema enredas tu presencia, / aunque estés como ausente, alma escindida”.

Si, como declaraba Huidobro, “el poeta es un pequeño dios”, Raúl representa un breviario de dualidades. En su mito creador cohabitan y compiten la mirada del adivino maya, lector del tiempo, con la destreza del artífice tolteca, entregado al primor de la materia. Su devoción ritual lo hace transitar de la inscripción

en rojo y negro, el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*, a la puesta en abismo de las pulsiones humanas, el Rabinal Achí. Sus dos oficios, el que lo enfrenta a la página en blanco y el que lo reta desde el escenario vacío, lo sustraen de la realidad para que la dignifique.

Cantar de lo vivido es al mismo tiempo un acto de refundición y de refundación de la memoria, el testimonio más reciente, quizás no el último, de un “elemental poeta con título de hombre”, que no ha dejado de perseguir el ideal de los viejos *tlataminime*, hacerse de “un corazón, un rostro”, si bien atento al devenir que, inspirado por Heráclito, le dicta: “No es conmigo mi nombre / pues ya no soy aquél que antes nombraba”. Resonancias de aquel Neruda desencantado cuando reconocía: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

Pero, ¿quién es Raúl Cáceres Careno? Esta antología da razón de su ser como poeta “elemental”, no por la simpleza expresiva, sino por la obsesión de penetrar en la esencia de las fuerzas primordiales que, según los pensadores grecolatinos y mesoamericanos, contienen los orígenes y el movimiento del cosmos, o esta mínima porción del cosmos iluminada por la existencia y, no pocas veces, ensombrecida por los hombres.

Sin embargo, sería insuficiente esta relectura de su quehacer poético, su canto decantado por una inagotable ansia de perfección; los lectores que por primera vez se asoman a su obra, o bien, los que la han atisbado apenas tienen derecho a saber qué significa “lo vivido” por el autor a través de tres

cuartos de siglo que ya abarca su biografía. El presente ensayo preliminar tan sólo se propone bosquejar, a grandes rasgos, la vida, la producción y la pequeña parte de ella incluida en este volumen celebratorio.

EL HOMBRE

Raúl Cáceres Careno nació en Halachó, Yucatán, el 7 de mayo de 1938, en el seno de un hogar obrero. Fue el mayor de cinco hermanos, una mujer y tres hombres más, procreados por el trabajador ferroviario Raúl Cáceres Reyes y el ama de casa Mercedes Careno. Al finalizar la década de los cuarenta, la familia se trasladó a Mérida, donde Raúl concluyó su educación elemental, cursó la secundaria y un año de preparatoria. Luego se tituló como profesor normalista en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio.

Mientras tanto, su vocación teatral había empezado a manifestarse, por lo que hizo estudios de actuación en la Escuela de Bellas Artes y participó en varias puestas en escena bajo la dirección del maestro Virgilio Mariel. En 1957, Cáceres obtuvo el Premio Nacional de Teatro Infantil por su adaptación teatral de *El gigante egoísta* de Óscar Wilde. Ese primer éxito lo estimuló para trasladarse a la capital del país, donde se inscribió en la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes;

también asistió a los cursos de verano que impartían Héctor Azar y Fernando Wagner, entre otros maestros de la escena.

En la ciudad de México ejerció el periodismo cultural y la crítica literaria, al mismo tiempo que desarrollaba un potencial poético notable; su cercanía con Carlos Pellicer, Rosario Castellanos, Ermilo Abreu Gómez, Margarita Paz Paredes, Enriqueta Ochoa y Juan de la Cabada, por sólo citar algunos, al igual que la convivencia con otros miembros de su generación, como José Emilio Pacheco y Raúl Garduño, lo acercaron a la lectura de los grandes autores, clásicos, modernos y contemporáneos, modelos que le ayudaron a forjar un estilo propio. En 1967 obtuvo el premio nacional de poesía convocado con motivo del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria; el jurado correspondiente fue presidido por Rubén Bonifaz Nuño.

Ganó más tarde otros certámenes, como el Tercer Concurso Literario del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana en 1968, los Juegos Florales de Mazatlán en 1981 y los de Toluca en 1998; un año más tarde, el Premio “Toluca Bicentenario”, en el género de dramaturgia. Su estado natal le otorgó la Medalla “Yucatán” en 1989 y la Presea “Antonio Médez Bolio” en 1994.

Contrajo matrimonio con la también escritora y periodista Guadalupe Cárdenas en 1970; el año siguiente se establecieron en la ciudad de Toluca con su hijo recién nacido, Arturo, y donde vio la primera luz su hija Isadora. Éste ha sido, desde entonces, el lugar de residencia de la familia, con una breve estancia de

Raúl en Xalapa, Veracruz, para dirigir el espectáculo infantil *La cabaña de las alondras*; un periodo mayor de permanencia en Mérida, entre 1984 y 1989, como promotor de actividades artísticas en el Instituto de Cultura de Yucatán, y otro más breve en Chetumal, Quintana Roo, en 1994.

En Toluca, fue promotor de teatro de la Casa de la Cultura, donde estuvo a cargo de diversos montajes teatrales, como *Un juego de escarnio*, del citado Abreu Gómez; en 1977 coordinó la puesta en escena del drama testimonial *De oídas*, sobre el movimiento estudiantil de 1968, y desde 2001 ha producido y dirigido, bajo el patrocinio del Instituto Mexiquense de Cultura, espectáculos acerca de los poetas mexiquenses Josué Mirlo y Laura Méndez de Cuenca, así como la obra de Guilherme Figueiredo, *La zorra y las uvas*. El 28 de marzo de 2012, con motivo del Día Mundial del Teatro, la UNESCO rindió homenaje, en colaboración con el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Instituto Mexiquense de Cultura, a Raúl Cáceres Careño, al otorgarle la medalla “Quetzalcóatl” por su trayectoria dentro de las artes escénicas.

EL CREADOR LITERARIO

Cáceres Careño escribe desde la adolescencia, pero se da a conocer en la capital del país por la publicación de algunos

poemas suyos en el suplemento de *El Nacional*, el 10 de noviembre de 1957. Más tarde, entrega algunos más a la *Revista Mexicana de Cultura*, *El Día* y *México Hoy en Día*, entre otras publicaciones. Su primer poemario, *Lectura de la luz*, aparece dentro de la colección Cuadernos del Estado de México en 1972; le siguen: *Para decir la noche* (UNAM, 1973), *Vuelo blanco* (Asunción Sanchís, 1979), *Elegía por las ciudades mayas* (Zamná, 1981), *Sueña el mar que es fuego* (UAEM, 1981), *Ritual maya* (Gobierno del Estado de Yucatán, 1986) *La flama del tiempo* (UAEM / IMC, 1989), *Tatuajes* (La Tinta del Alcatraz, 1990), *Salutación al Dios Tolo y otros textos toluciertos* (La Tinta del Alcatraz, 1993), *Secreto a voces* (Gobierno del Estado de Yucatán, 1993), *Sonetos elementales y Acicanal: la canica* (IMC, 1996), *Biografía de mi nombre y otros poemas* (IMC / UAEM, 1998), *El Sarcastiricón: poemas satíricos* (IQC, 2001), *Los sonetos y los días: reunión de figuraciones y poemas*, con Gonzalo Utrilla (IMC, 2010) y *El poema: eco de espejos* (Gobierno del Estado de México, FOEM, 2013). A *Cantar de lo vivido* le preceden las antologías *Lectura de sombras, poesía 1972-1985* (Ayuntamiento de Mérida, 1986), *Para decir la noche y el día, poesía reunida 1972-2002* (Norte/Sur / IQC / Ayuntamiento de Toluca, 2004) y *Luz de fondo, poesía 2002-2007* (Norte/Sur, 2008).

Como dramaturgo, se han editado sus obras: *Canek, caudillo maya: pieza épica y testimonial* (Gobierno del Estado de Yucatán, 1990), *Mestizaje, cruz de relámpagos: crónica sobre*

Gonzalo Guerrero (CTE / Ayuntamiento de Toluca, 2000) y *Ritual maya: tres piezas de teatro épico* (Gobierno del Estado de Yucatán / Conaculta / Sedeculta, 2013).

Es autor de una crónica, *La noche de los muertos: velación en los panteones de Toluca* (Gobierno del Estado de México, 1974), del ensayo *Telón de Aquiles: oficios del teatro* (Ayuntamiento de Mérida, 2001), así como de la selección y el estudio preliminar de las antologías: *Laura Méndez de Cuenca: la pasión a solas* (1986; 3ª ed., IMC, 2003), *Joaquín Arcadio Pagaza: el valle de la luz* (IMC, 1990), *Ángel María Garibay: el poeta* (IMC, 1992) y *Saint-John Perse: El mar y el hombre* (1994; 2ª ed., IMC / Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, 2010).*

Reconocidos poetas y críticos literarios han emitido juicios elogiosos a la obra de Cáceres Careno. En la nota de presentación a *Para decir la noche*, José Emilio Pacheco afirmaba: “La pesadumbre y la esperanza de nuestro tiempo, el dolor del mundo y la íntima ternura, llenan la intensidad, el lirismo de estos poemas”. Y, en una nota de lectura publicada en la revista *Castálida*, en el invierno de 1998, Juan Domingo Argüelles confesaba:

* Agradezco a Christian Ordóñez Bueno su ayuda para elaborar la bibliografía y para identificar las obras en que aparecieron por primera vez los poemas incluidos en este volumen.

Para decir la noche fue para mí (lector ávido y entonces aprendiz de poeta) un singular descubrimiento. Y no exagero si digo que su lectura fue, en gran medida, culpable de reafirmar mi vocación. Hace veinte años, al igual que ese poeta, yo también hice mía su ambición: “que revienten estrellas en mis versos / y se quemé la noche y arda el día”.

En el prólogo a *Sonetos elementales y Acicanal: la canica*, Óscar González César decía acerca de Raúl:

Para él, como para Rilke y Perse —dos altos ejemplos de rigor y amplio despliegue de recursos verbales—, lo mismo cuentan el camino y el encuentro, la intensa elaboración y el hallazgo [...]. En sus trabajos de teatro y crónica, en sus ensayos y en sus notas críticas de literatura —siempre ejecutados con la mano, y la voz del poeta— también pueden advertirse las huellas del ascenso, de la lenta e inequívoca maduración del artista. Quien conoce al hombre no puede menos que constatar la limpidez del espíritu, la rebeldía, la irreverencia y un aura de generosidad que nunca lo abandona y que comparte por igual con amigos, maestros y discípulos en textos, en lecturas, en charlas.

Finalmente, para remarcar uno de los rasgos definitorios del temperamento caceriano, el humor cáustico y demoledor en

ocasiones, con respecto a *El Sarcastiricón*, Juan Cervera advertía en 2002:

Sentimos que es uno de esos escasos libros que habrían de leerse en el futuro como testimonio burlón de nuestro cómico presente. Es, por supuesto, una importante llamada de atención sobre la existencia y la obra de este poeta fuera de lo común que es Raúl Cáceres Careno y del que ya nuestras grandes editoriales deberían haberse ocupado y editado sus obras completas.

LA PRESENTE EDICIÓN

El criterio asumido por el Fondo Editorial Estado de México para su serie Summa de Días es que cada volumen contenga una antología personal elaborada por un autor cuya trayectoria literaria signifique un conjunto de aportaciones al desarrollo de la literatura mexiquense. Tal es el caso de Raúl Cáceres Careno, cuya presencia en la ciudad de Toluca fue constante desde mediados de los años sesenta y quien a partir de 1970 —según queda referido— estableció en ella su residencia familiar. Además de la calidad de su obra, la gente de letras y de teatro que ha recibido de él enseñanzas y ejemplo es tan numerosa que la inclusión del maestro en este acervo está más que justificada.

Cantar de lo vivido consta de varias secciones. A manera de introducción, dos paráfrasis en tono humorístico del “Retrato” de Antonio Machado, una de 1979 y otra de de 2002, en las cuales el poeta se pinta a sí mismo como un ser asediado por las relaciones de producción y la mediocridad ambiente. A continuación, tres grandes apartados: I. *Para decir la noche*; II. *Elegías y cantos*, y III. *El poema: eco de espejos*.

“Para decir la noche” se compone de cuatro poemas: “Carta a la hermana”; “Biografía de mi nombre”, “Enlunación”; “Epitafio”, y once sonetos. “Elegías y cantos” incluye 19 textos, que se inician con la “Elegía por las ciudades mayas”, aunque en su “Salutación al Dios Tolo” apostrofa a su ciudad de adopción y en “Charla con la extranjera” rinde homenaje a Rosario Castellanos. “El poema: eco de espejos” recoge cinco poemas del libro del mismo título (entre ellos el “Himno por *Altazor*” y “Guirnaldas para Rubén Bonifaz Nuño”), “Visión del tiempo”, de *Acicanal*, y “Oratorio a la hora de las cosas”, de *Luz de fondo*.

Según se advierte, más que extraer algunas piezas de cada uno de sus libros, Cáceres Careño reconstruye un itinerario de vida, bitácora de viaje o memorial de servicios a la poesía, al mismo tiempo que constancia sumaria de gratitudes hacia los que reconoce como oficiantes mayores del arte de cantar lo digno de ser cantado. Como hace no mucho me permití

comentar, a propósito del más reciente libro de mi amigo, mentor y figura tutelar:

“Las cosas son como son”, nos dice Raúl Cáceres Careno, pero también manifiesta y demuestra que oficio de poeta es hacer que las cosas hablen con sólo renombrarlas, con únicamente devolverles el renombre y la claridad de sus orígenes, que son la llaneza del habla vulgar y la prestancia de la gran tradición literaria; la ritualidad popular y el don mitificador de los guardianes de la palabra. En la persistencia del caos todo está dicho y todo está por decirse, para que no se nos olvide lo que debe ser el cantor: encarnación de ideas, máscara del pensamiento que se contempla en los espejos del arte para reconocerse vivo y participante. El poema es eco de espejos porque la persona del poeta, máscara de cuatrocientas voces, se resiste a morir y está condenada a reintentar, a reinventar, a rehacer la aventura edénica de fundar la utopía y la misión adánica de imaginar el modo de llamar a las cosas por su nombre.

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE
Toluca, México, 10 de marzo de 2014

Retratos

(De *Para decir de noche y el día*,
poesía reunida 1972-2002)

I (1979)

(PARA COLOCAR JUNTO AL DE ANTONIO MACHADO)

A Carmen Castellote

Mi infancia tuvo encantos que recordar no quiero:
frágil salud, cuidados, consejos de la tía.
Mi juventud el arte; el libro, un compañero.
Veinte años lleva ardiendo esta palabra mía.

Desordenado en todo, pansexualista he sido
—bien conocen mi torpe aliño indumentario—
Eros, con leves flechas, muchas veces me ha herido.
Amé lo que la gente tiene de bronco saurio.

Hay en mi sangre lumbres del sabio pueblo maya.
Mi verso brota a veces de los pozos sagrados.
Funcionario ni prócer, y tampoco un gandalla,
soy, particularmente, un ser para los hados.

Adoro la belleza. Mi maestro es el diablo.
Con Velarde, Vallejo, Neruda, conviví ayer.
Y en el infierno estético que hoy padezco y que hablo,
con los más fuertes arcángeles: Bonifaz, Pellicer.

Desdeño discos, globos y poemas visuales;
el coro de los grillos que adulan a las vacas
sagradas; me divierten los compendios anuales
y admiro dos, tres voces de nuestras tierras flacas.

¿Ha muerto la poesía? Para mí no. Quisiera
que en mis cantos el hombre toque su rostro: encuentre
la vida que ha vivido, el rumor de esta era,
la claridad del sueño: puerta del Ser, y que entre.

Un joven vitalicio mueve mi mano: escribe.
El nahual de mi guarda espanta a poetas malitos.
El joven va conmigo. Y en tanto que recibe
del otro los misterios, forjo estos manuscritos.

Al buen casero debo seis meses. Acabada
la familiar despensa, a Conasupo acudo,
en mi mujer me apoyo y Juan de la Cabada
presta algo; impuestos pago, otros lujos eludo.

Y cuando todo truene, y la cultura oficial zozobre
y otra poesía encienda sus naves en el mar;
con mis hijos y libros, acaso igual de pobre,

al *Xibalbá**, o a Mérida, pidiera retornar.

[De *La flama del tiempo*, 1989]

* Es “El infierno” entre los mayas y, según el *Popol Vuh*, se ofrece más deportivo y espiritual que “El Averno” o “El Mictlán” de grecolatinos y nahuas. Este poema, que figura en varios libros del autor, apareció inicialmente en una plaqueta de reducido tiraje: *Vuelo blanco* (DF, 1979), auspiciada por el poeta Juan Cervera.

II (2002)

(EN HOMENAJE A LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO)

A Juan Domingo Argüelles

Escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

RUBÉN DARÍO

Fui yo delgado y fértil; los años sucedieron
como el fervor del juego de unos niños procaces.
Los misterios, mis cantos, las sombras, si fluyeron
en alquimias verbales, hoy son llamas falaces.

Profesé aquel desorden a lo Rimbaud en la vida.
Muchos censuran, acres, mi *look* indumentario.
Con nuevos dardos, Eros, siempre curó la herida
del amor. Los críticos harán el inventario.

Mueven mis versos ondas que son ecos, vislumbres:
cristales de Cernuda, de Machado, Darío...
Tengo sitio en el mundo: soy instructor de lumbres.
Darle luz a la voz, al ser, a este abismo, el mío.

El polvo del infierno me encandila, me acosa.
Con ascuas de Sor Juana, Gorostiza, Lezama,
Cuesta, viví ayer. Sagrada es la poesía: Rosa
de hablar, de algo que decir, que Bonifaz proclama.

Pellicer lo sentía: quedan pocos poetas.
Si hubiere quince justos (o diez) se salvarían
Toluca y otras urbes, veinte aldeas completas.
Ciertos poetas astros, son mil, estallarían.

Pellicer armonioso, con luces que me alientan,
aparece en mi sueño y con un tono teatral
me dice: *No te dejes, Raúl, no te conviertan
en parque o calle, ni tampoco en Peña Cultural.*

—Eso pido, maestro; no en ésa, en otras listas
estoy: diccionario, inmemorias. No seré el sello
de Presea o Certamen; lo he dicho en entrevistas.
—Ay, hijo, escribe; nos va la vida en ello.

¿Escribir? ¿Para el aire o las becas? Ya el sexenio
se quiebra. Dije lo que soñaba. Y lo que hablo soy.
Roma se globaliza. Los amos del milenio
que comienza, no saben de poesía, hoy tras hoy.

Al fin pago sustento para la tribu mía.
El alma al umbral llega del Nocturno profundo.
Otra estrofa, estas rimas... ¿Qué ruta abrir, cuál vía...?
¿Iré a Mérida? Depende: ¡si es que se acaba el mundo!

Toluca, mayo 2002

I

Para decir la noche

(1973)

CARTA A LA HERMANA

*A Gloria: Ciudad
de los pájaros dormidos*

1

Hermana: te escribo desde siempre
desde todas las cosas
desde mi corazón nublado y áspero.

Eres tú la que canta:
yo escribo con la luz tu canto joven.
¿Lo recuerdas? Aquel cuento:
Era alguna vez una joven hermana
que se quitó las alas, las guardo en su
almario; y como el mundo no estaba
para vivir poemas, jugaba a “esto-es-azul”
cuando en el tiempo aún no había campanas
y por eso los niños sabían que eran niños:
pedacitos de dioses, joyas impertinentes,
contrabando de duendes sueños risa.

2

Algo se me ha encendido en las pupilas
—más grande que tus ojos recuerdo tu mirada—
Porque te escribo, hermana, brincan peces
de un mar al otro mar, entre mis versos.
Este poema, Gloria, sin ti es otra mentira
pero cuando lo leas será un cuento
y si acaso en tus ojos temblara la galaxia
entonces será un canto que no suena
en los oídos salitrosos del mundo
porque viene en los ríos de la luz
a este caracol de la poesía
que compramos muy niños
—sin saber lo que hacíamos—
en la feria del pueblo.

3

Y sería tan fácil que, así,
porque las tardes son muy tristes
hiciéramos sonar nuestros recuerdos
para que venga el viento de la música
y se ponga a despertar a las abuelas.

Pero creo que no; ya somos gente seria
y a veces estas cosas no resultan;
hay cosas, otras cosas, necesarias
como ir a cobrar un cheque al banco
o pensar —¡Oh, dolor!— en que
no ha nacido el poema
y en que un amigo, a veces,
es como un joven padre
como una bestia dócil
como un amigo-hermano
que vive en nuestra vida
todas sus vidas, alegre y encendido.

4

Pero bueno, algún día,
ya después que te cases
cuando en tu voz la aurora
quiera romper sus pájaros
entonces es posible que te encuentres
algún poema mío de regreso
que olvidé por ahí
en las islas doncellas
cuando podía nadar todos mis sueños.

¡Claro que es cierto
que la risa de Dios es la de un niño!
Pero silencio, hermana,
estas cosas se saben en silencio;
en el silencio se hallan,
antes de ser, las cosas.

Amemos al silencio:
este humilde coraje de bañarnos en la luz
y muy adentro de nosotros mismos.

5

Soy una pobre cosa y cuando leas,
hermana, este poema, este clamor callado,
este mar que se llena de sí mismo
y que es soberbio, terco, amurallado,
contenido en su sed y atado por su vuelo;
piensa que al evadirnos de la infancia
sólo habrá de quedarnos caminar
caminar hacia la sombra,
consumir nuestra sed, regar
con nuestras lágrimas la tierra
—el tierno cuerpo amado—

para que en algún lugar, en no sé dónde,
donde la vida suena y oye crecer su sangre,
su música de sueños y deseos,
brote un rosal: unas locas raíces
trepadoras del árbol en el que maduramos
como frutos amados cruelmente por el viento.

6

No es el otoño, hermana,
y ya toda mi luz la he entregado
pero pienso que alguien
—una joven hermana—
puede cantar por mí
ya que esta voz me lleva
a las patrias azules
donde el dolor del mundo
viene con pasos rojos
a habitar mis palabras.
Y cuando el viento venga
a quitarme la voz que me prestara
y cuando sople sobre esta llama sola,
cuando me apague el viento,
algo mío tendrás, algo de viento.

7

El viento es un amigo
que ha de venir por mí,
el total extranjero
que me anuncia que hay patrias
que todavía hay islas
donde ser, de algún modo,
todas las cosas y todas las palabras
y todas las imágenes y todos los espejos;
donde el poema es sólo
sólo el rumor del mundo
sonido solo lleno de silencio
sólo palabra, golpe, puñal, masa que gime,
porque el poema canta lo que vive.

8

Ya lo sabrás, hermana,
algo nuevo en el aire
algo oscuro y vacío que se rompe
y una luz: otros pájaros,
un canto impronunciable de hermosura
que dejará
caer

sílabas rostros
sonidos signos letras
las señales
para hacer nuevamente las palabras
el idioma del hombre su lenguaje
porque si alguien dice *amor*, esa palabra
se levante y se rompa entre los hombres
y haya rostros creíbles y haya rostros
que ya no usen más rostros como máscaras
y sean justas y hondas las palabras
como lo son las cosas,
como vuelve la risa
a tus labios, hermana.

9

Es así que te escribo
porque hoy amaneció y te sentí lejana.
Cuando sientas la luz
moverse en tu mirada
buena hermana, sonríe,
haz un viaje en el aire de ti misma,
Vibra y sueña, despierta
y tórnate cantando en la alegría
de tu casa y del mundo, de la aldea y del viento,

de la gente hermosa que te nombra
para que tú sonrías
y sientas la ternura de ser con las palabras
y sientas
 cómo cae el misterio
como una niebla antigua
sobre todas las cosas
para sentirnos vivos...
y perdernos en el intenso bosque de la sombra:

 Apágate y enciéndete.
 Siente nacer los mundos
 por los poros eléctricos de esta piel
 de este mundo que nos cubre.

10

Ya despiertan los pájaros
(¡Cómo tarda la aurora!)

Entre palabras vine a tu pañuelo;
dóblalo suavemente
y guárdame en la vitrina de las cosas
con las que a veces juegan
los niños del recuerdo.

Borda mi corazón, nublado y áspero,
sobre tu fértil, dulce corazón de muchacha
y piensa, sólo cuando estés triste,
que hay hermosura en esta
sencilla y pobre cosa
de escribir un poema.

México, DF, verano 1960

Revisión: octubre 1972

BIOGRAFÍA DE MI NOMBRE*

I

De silencio se llenan
los mundos y germinan.

Por dentro de mi nombre
mi ser duerme en esfinges
trascendidas e inmóviles.

Cercado por las cosas
mi ser también trasciende
su ser y se anonada.

Mas este ser que palpa
mi voz, éste que habla,
es el que existe hoy,
el mío, el que se quema.

* *Para decir la noche*, 1973. Para *Biografía de mi nombre y otros poemas*, 1998, el autor hizo algunas correcciones —leves, pero esenciales— al cuerpo literario del poema.

Mi ser tan fatigado
mi cuerpo trabajado
por la angustia y la música,
por los golpes del sueño
y el quebrado galope de la muerte.

(Yo siempre soy el puerto
y todo el mar me duele
cuando zarpa mi nombre)

El silencio es el polvo del sonido.

II

Yo vi arder las palabras
en la hora de oro;
sí, en la hora
de la aurora y del habla
de la rosa;
supe leer la sombra
ahí en el corazón de toda rosa,
en la luz habitada del poema,
en la niñez en flor de las auroras.

Porque entonces mi nombre estaba vivo
y era mía la voz que me nombraba,
las cosas emergían de mi nombre
y era en mi piel la piel de los prodigios.

Pero la rosa avanza y se deshoja
y hoy, con estas manos viudas del milagro
y con los labios mudos;
siento gemir las cosas como un remordimiento,
siento llegar mi nombre
y es el tacto homicida que vuelve de la sombra
con sus lunas voraces a roer mi escultura.

La sangre del poeta
edifica los signos del destierro.
Y las ciudades alzan la rosa de sus nombres
sobre el polvo y el aire
sobre el agua y el fuego
sobre la voz amarga de los hombres.

III

Derrumbe de milenios, declaración de mundos,
inventario de estrellas, suma de antiguas
lumbres, mi nombre astilla cósmica,

denso rumor de bestias concentradas
en esta mi figura de oscurecida entraña.

Aquí somos hermanos:
en la rosa común, la cruz vivida.
Sólo una voz mi voz;
esta voz donde somos
el átomo, la estrella,
el hombre, las tinieblas,
la sal, la mar, el viento;
esta única voz,
sólo esta rosa oscura,
tan sólo nuestra sed del rocío terrestre;
sólo mi voz y el mar,
sólo tu voz y el viento
y sólo la palabra como una llama dura,
un insulto de Dios
y acaso en nuestra voz sólo seamos
las piezas de algún juego,
las letras de este nombre condenado
a un grotesco ajedrez de niños ciegos.

Los frutos de la luz duelen al árbol.

IV

Mi nombre fue hacia donde los nombres
resucitan. Su ardiente mordedura,
su clamor, su elegía, me niega y
me trasciende; me retorna a la piedra,
a su marea de ausencias,
a su obstinada rosa de silencio.

El día suena entonces como un tambor que lleva
los aullidos del hombre
y hay que beberse el aire asesinado
y salirse del niño antes que nazca
y hay que colgar también nuestro silencio
de todas las campanas de la ira.
Hay que soñar, vivir, arrodillarse;
transitar con la tierra su escultura
y recibir el día como sombras suicidas.

El alba llega coronada de espadas
de piedras que son astros y disparos
de espinas y amapolas de sangre endurecida
de llamas y clamores, de fusiles,
y en túmulo de soles derrumbados
arde el árbol de hoy; vuelve mi nombre
y me miro en su espejo

para saberme vivo
y mi nombre me duerme.

En la voz de mi voz sólo habla el viento.

V

No soy ya más mi nombre
y el frío es ya mi casa, nuestra casa.
¿Quién soy, qué hago aquí, qué somos?
¿Dónde están mi distancia y mi memoria,
mi caminado amor, mi ausencia rota?
¿Con qué pasos podré, copa de dioses,
converger con la flor de otros infiernos?

Pido el silencio aquí:
el sueño de mi canto,
la rosa de la rosa:
rostro de mis sonámbulas esencias,
rosa llena de niños,
rosa llena de rostros y de rosas.

Si los nombres se gastan, se coronan,
se colman, se derraman, se conjuran;
¿Cómo sabremos quién, qué nos responde?

La vida suena, hermano.
y la rosa se inclina transformada en su aroma.

VI

Cuando seas tan sólo tu mirada.
aprenderás a ser lo que no eres
y serás en el ser, el ser a solas;
ser que es la rosa misma sin su nombre;
rosa sola del ser, rosa sin rosa,
rosa de nada, así, que es toda rosa.

Ser de todas las cosas cuando tejen
en cuevas de silencio
su resplandor con hebras de tiniebla.
Las cosas, lo juramos,
no somos lo que dictan nuestros nombres.

En mí está hablando el polvo.
Soy el polvo.
El mundo me pronuncia
y no sé lo que dice
o cuántos mundos
precipitan mi voz.

VII

Yo ya no soy mi nombre
(¿Quién eres tú, el que sigue
escribiendo este poema?)

He manchado aquel verbo
que maduró en las uvas de mi infancia
sonora —Y ayer, tan sólo ayer,
en los paisajes cóncavos del sueño,
en la voz de mi madre, en la secreta rosa,
balbuceando el lenguaje de la niebla,
conocí el olvido de los ángeles
y deshacía apenas su hermosura
en las tibias esferas de mi canto.

Yo era en la luz, estaba en mí la música
y buscaba en las letras de algún nombre
mi destino y su brisa, la biografía
lejana y rumorosa
de esta alma y sus nombres,
de esta piel y los cuerpos
hundidos en mi sangre;

las señales aquellas que dejaron
mirada, vuelo, manos,

cielos, mares antiguos,
en las rocas ancestrales del mundo.

Yo buscaba mi nombre
para abrir sus recintos
y derramar la luz
que esplende y canta
cuando el destino erige
la palabra de un hombre.

VIII

Mi nombre no es conmigo
y soy ya el anónimo poeta;
elemental poeta con título de hombre,
con la dolida suma de todos los anhelos
y aquella sed difícil de todos los olvidos.

(Quiero tu angustia, mar; dame tu miedo.)

Es el mar el que alza mi monólogo
y detiene su rueda de peces y milagros
cuando la rosa avanza y se deshoja
en mis labios de sal. Cincela el canto
sus hondos pedernales. Y los nombres,

como astros de fuego enfurecido,
navegan en mi voz.

El monólogo lleva
en sus estatuas coronadas de otoño,
en su atracción de nombres mutilados,
el dolor de este Cristo que nos vive:
el enemigo dolor de nuestro hermano.

No es conmigo mi nombre
pues ya no soy aquel que antes nombraba.
Pero sé que las cosas sin nombre se devoran.
Que la rosa, la llama es la boca del tiempo.
Que en la sonora rosa de todas las palabras
está el dios-aroma-del-ser de cada cosa.

Cuando violó la espuma
su más íntimo nácar
dejó mi nombre el día
se transvasó a otro idioma
y se llevó las letras que no atrapó el poema.

Mérida, 1963

ENLUNACIÓN

A Elena Poniatowska

Y sucedió
que al fin
del sonoro confín
salió la luna
y ufana derramó
su luz lunada
(no plateada
 ni azul
aunque *L'art*
 c'est bleu)
¡Muera el claro de luna!
—dice, en este papel, mi Marinetti—
Pero Venecia ondea todavía.
“Podrá no haber poetas”
 pero siempre
te besaré tu tía
o el enemigo fiel:
 ese rayo de luna.

Yamasaki, siglo xv o xvi, sugiere:

*Colocad un mango
a la luna:
¡Qué bello abanico!*

Siglos más tarde, Juan Tablada

murmura:

*Es mar la noche negra;
la nube es una concha;
la luna es una perla...*

Y Octavio Paz, anoche,

imitando a Li-Po

resume:

*En tu cama
éramos tres:
Tú yo la luna.*

Rostro luminoso del misterio

(¿Tiene rostro el misterio?)

Espejo astral

Ombligo de la noche.

Mirada fija de la sombra

“Herida de Cuchillo”

Sonrisa de la luz Ojo del más allá
 Del más acá
 O lo que tú quieras;

la luna es sólo la luna
y se parece a la luna.

Mejor vuelvo a Lugones,
a Borges, H.G. Wells o a Verne
con toda mi nostalgia
en la luna de enfrente.

Pero a la luna nuestra
de cada día, chavo,
le han colocado un cohete
una escuadra de Apolos
un enjambre de módulos
ahí donde tú sabes:
En la horrenda, en la negra,
en la siniestra cara oculta
de la luna.

Últimas noticias:
“Millonarios texanos
patrocinan un viaje
para traer y vender

se llama simplemente (*¡Oh My God!*)

Christophorus Columbus... II

(*made in USA*)

Propongo a la asamblea:

Desterrar el dulce nombre

de Hitler del idioma.

¡Mejor es no moverle

a las fuerzas ocultas del lenguaje

a las palabras gruesas

de la madre común: natura-cosa!

y recuerden, señores:

El verbo es un ser vivo

y lo empuja un instinto fatal:

Encarnar en los hombres.

Anidar en las cosas.

Así, y con todo

su reciente pasado

salió en Toluca la luna

muy quitada de la pena.

Todo el mundo “se las truena”.

Aquí la danza resuena

y
una
a
una,
la gente
entra en onda
con la luna.

EPITAFIO

Conocido a lo largo
y a lo ancho
de la comarca, fui.

Poeta municipal
pegado al presupuesto,
canté al cielito lindo
de mi Estado de México.
También triné piropos al rebozo,
al tianguis, a la música indígena
a los suntuosos atuendos regionales
que congregó la danza.

Escribí coplas, redondillas, tragedias
con mensaje moralista o patriótico
para que recitasen los niños
en la escuela
(Algunos prominentes lugareños
me odian todavía).

Descanso aquí, ungido en la ceniza
de discursos oficiales. Me conoces:

Siempre existe
un tipo como yo
en toda la aldea.

ONCE SONETOS*

SONETO DE SAL A SOL

Sal: blanco oro del mundo; sales, lloras
y en tus ondas de sol y de alegría
pones la sal al agua con que el día
da su grano de sol. Ya con sonoras

rayas de rayos, plumas, condecoras
nuestros ojos y ramas. La armonía
que en el verso respira: esta elegía
rasga a la sal del mar de Amor las horas.

Entre el pan y la sal todos vivimos.
Hay otros soles y de sal se inflaman.
Olas de sol en polvo pasan. Fuimos
unas alas de sal furtivas, leves.
Sales y soles en la sangre os llaman.
De sol a sal soñamos muertes breves.

* De *Sonetos elementales*, 1996. Originalmente se publicaron catorce.

GÉNESIS

Polvo en delirio el Caos invocado.
Sueños de oleaje. Anhelos de armonía.
La mirada a sí misma se veía.
La palabra era el todo conjurado.

La palabra estalló. Y el ser deseado
se evadió de la Nada; promovía
al sol de agua en el aire que venía
a una voz imprevista: el polvo armado.

Del hosco ensueño, Tierra, despertaste.
Con miradas y ojos era el agua.
Fruto áspero —tu tierra— acariciaste.

Vientres hinchándose. Mundos en celo.
El mar soñaba el fuego. Era la fragua.
Nuestra hambre de Dios abría el Cielo.

FUEGO

Todo pasó por ti. Qué te produjo.
Idea de la idea en movimiento.
Al querer alumbrar el pensamiento
consumiste la sombra en tu reflujo.

Las ondas del pensar —artes del brujo—
extendieron sus alas con buen viento.
El color te ciñó: lujo violento.
Fuiste aroma de llamas, terco embrujo.

La mente, como brújula, buscaba
su espejo en los magnéticos alientos
que infundías. El mar se exasperaba.

Mil células chispeaban en tu frente
y sexuándose iban en los vientos
ya adiestrados por ti, ¡secreta fuente!

TIERRA

Girando a ciegas, madre de ti misma,
te engendraba en el vientre de la roca
la simiente del fuego: esa poca
luz recia creadora de tu cisma.

Con ojos que irradiaron su carisma
salió a mirar la luz que se sofoca
—alma tuya, hija tuya— cuando toca
tu instinto vuelto falda de llovizna.

Emergiste del sueño de tus manos.
Sin apoyo creciste hasta la viña.
y tu raíz, bajo tensos pantanos,

fundaba el árbol: músicas primeras.
Encarnaste la vida cuando niña
y vienes reencarnando en primaveras.

AGUA

¡Agua, no huyas de la sed, detente!

JOSÉ GOROSTIZA

Cuando inundas, unciosa, las riberas,
abres afluentes al sexo elemental.
Unidas todas en cadena de sal
sueltan las vida tus algas postreras.

Manos que alzan o deshacen fronteras
escanciaron tus peces. El primordial
diluvio rociaba el vientre universal.
Y encinta de los astros, verdaderas

urgencias de semillas vibrátiles
recorrían tus cópulas silentes
y tu entrega total en acuátiles

partos. Viajas toda en ti establecida.
Por un río retornas a tus fuentes
en veinte soles de agua prevenida.

AIRE

Recomenzado espíritu. Cristales
en veloces reposos. Transparente
dimensión. Risa o brisa de la mente.
Estrépito, alborozo de augurales

potencias. En su esfera los metales
cantan tu pentagrama suavemente.
Viertes licor y miel, copa clemente,
para mi sed de estrellas esenciales.

Te pueblan y te animan las ideas.
Tus claros habitantes, quintaesencia,
acrisolen las sutiles preseas.

Mar del éter. Caracol de las sales.
Alquimia. Ronda de ángeles causales
en esa flama fértil: tu inminencia.

ÉTER

Resaca de astros de la aurora inicial.
Niebla de almas. Jungla de sonidos.
Rosas del eco y soles derruidos
en una vaga nostalgia existencial.

Jardín de átomos en el sueño espacial.
Noria que aflora tiempos elegidos.
Tañe la Rueda en agua de latidos.
La luz dispersa su luz en espiral.

Quietud exacta. Centro polaridad.
La flor del éter rompe la juntura
del todo-luz y la oscura dualidad.

De líquidos planetas, la Energía
despierta, se alucina, arquitectura...
¡Y en un mundo cualquiera estalla el día!

EL ALMA

En el poema enredas tu presencia
aunque estés como ausente, alma escindida.
Llega tu voz, llameando, de otra vida.
Más allá de este mar duele tu ausencia.

No desoigas al polvo en penitencia.
Despierta esta mirada adormecida.
Que se funda tu voz, lumbre elegida,
al relámpago quieto de mi esencia.

Ya que tengas el agua, sabio vaso
y estés en continente contenido,
pon la lluvia al acecho de mi paso.

Y al romper tu cristal la primavera
deja ya tu diluvio en mi latido...
¡Nacerán mis dos patrias cuando muera!

CARLOS PELLICER

Mi reino por un pájaro contento.
Es su pecho ramaje donde canta
el verbo tropical que en su garganta
hila ríos de ángeles. Sediento,

rema un sol por las aguas en aumento
de la sed de otro sol. En gracia tanta
cincela a contraluz palabra y cuanta
alfarería asome. Pinta el viento.

Suena un látigo de aves y flagela
los mañanas de Junio. Dice el día
jades y plumas, oro, el bosque vuela.

Pero los ojos del amor, su espanto,
brillan, llueven también. Ya la poesía
de tan humana y sola, suelta el canto.

A LA POESÍA

Si lágrima que vuela es tu mirada
deja un poco de vuelo en mi pupila
para alcanzar la luz que se destila
antes de su caída en la hondonada.

Y así ver y palpar, como si nada,
la estrella que de música cintila
o el semblante del hombre donde afila
la vida su razón enamorada.

Urdir en las entrañas del poema
los designios de un mar que se nos quema
con el paso sin pie de las pasiones.

Y salvar con tus ojos lo vivido
que buscaba la voz: estas canciones
hechas polvo y aroma del sonido.

SER DEL TIEMPO

Somos el río y somos aquel griego
que se mira en el río.

JORGE LUIS BORGES

Somos el tiempo, Borges, y ese río
que es la voz que nos hunde o nos proclama
traza en la arena el hilo de otra trama
que une a Heráclito, el mundo, el día, el río...

Llueve en el ser. Nuestra casa es el frío
terrestre, breve: luz y aire. Y clama
esta ancestral arcilla por la flama
con que elabora el Ser tu rostro, el mío.

Somos el tiempo: un ser que se despliega
en ojos, en deseos y en el verso
que al oído murmura el alma griega.

Todo se aleja. Todo nos excluye
del tiempo y de su sueño: el Universo.
Sólo el instante nos da el ser. Y fluye.

CICATRICES, IMÁGENES

I

Llegan palabras
a danzar el verano
llegan aves
con algo de distancia
algo de tiempo y música
con algo de nosotros
a la manera incierta
o con la mueca, el gesto
que tienen los paisajes
al decir ciertos nombres
ciertas palabras, señas
o miradas y cajas del olvido.

II

Voces, traemos voces
de otras voces o selvas
—y de ríos:
Torre o muralla:

espacio, silencio amotinado.
Todo suena en un árbol que levanta
otro árbol de mundos que maduran.
Caen los frutos, no, caen los mundos
sobre mundos que incendian sus palabras.
Las palabras estallan.

III

Y las cartas, también
llegan a veces
para abrir en el pecho
una señal, un signo
o la manzana
que gira siempre
y que luego se apaga
—correspondencia de alas—
en la sangre, en los ojos
de la noche invadida.

IV

Es cierto, a veces
alguien también nos acompaña:
la mujer o el ruiñeñor

ciertas hojas, el aire
y a veces la palabra.

V

Para poblar los mundos que nos miran
más allá del fulgor que el ojo abre
viene el recuerdo: el mar,
los fantasmas que tripulan el vino.

Llegan alas: ausencias
tejidas en la sangre
en la memoria, que
encienden, llenan sueños.

Redes y pasos llegan.
Estos versos marinos
combaten con la luz.
El sur se rompe.

VI

A un paso
a un pelo de la muerte
las noticias

—las cosas—
acudieron
y un ademán ligero
de las naves
con que a veces la noche
nos pronuncia
 tocó la rosa
y la abrió en hogueras.

VII

¡Luces

me están abriendo el corazón!
He caído, hemos caído
en esta maravilla de la lluvia
que abre cicatrices al rencor
y al olvido.

VIII

Rumores, clandestina ciudad
Las calles como troncos
viajan aguas arriba
 y al poema

penetro como a un guante
como a un cuerpo
que baja las edades.

IX

¡El sol!
Era un muchacho el sol
cuando desnudas
cruzaron las doncellas
las palabras esbeltas
por la arena reciente.

El sol ardía de soles, de presagios
y por eso la brisa, mi lenguaje
lleva un sollozo rubio
y una tierna humedad
entre las piernas.

X

La claridad denuncia mis oídos.
Tu cabellera llueve sobre mí
Pero hay rostros de rostros que se asoman
desde el fondo del mar, desde el espejo.

XI

¡El alfabeto, el vino
sobre tu piel, muchacha!
Ven conmigo y hablemos.
No hay elección, escucha:

Mi sexo es esta música.
Ya no es posible ver más
y me arranco de cuajo las palabras.

XII

Este es el tiempo doble,
ésta la sal, aquí la mesa.

Yo les pido más sed.
más crueldad, más palabra.
Enciendan la alegría feroz
de la locura. Tengan más
voluntad

de ser el río
de ser la piel
y el rostro
y la memoria

de los niños en llamas
que fueron arrebatados
por la aurora.

Recuerden siempre
estos actos clarísimos.
Ellos son nuestras lágrimas.

XIII

Quema tus naves, toca
los infames violines
del veneno
que te ofrece tu hermano.
Si perdiste las actas o el dinero,
si el Consejo de Ancianos,
la casera, el alcalde,
los espesos burócratas
o “la Voz de la Raza”
dieron tu nombre
y tus libros al fuego;
si la ciudad, en fin,
le pone precio
a tu cabeza y voluntad:
Sube conmigo

a quemar nuestra sombra.
Arde el papel.
Amanece, amanece.

XIV

¡Cuánta voz!
¡Cómo dice la noche, cómo hablan
en su ritmo las voces que enterramos!
Esta secreta voz al otro prometida
y que despierta a coces
y habla y tira puertas;
la que agita, callada,
las aguas y las bocas del poema.

XV

Áspero idioma:
Fruto lleno de tiempo: mujer.
Tierra que entrega al río
las flores enemigas.

Aliento en otro aliento convertido;
dueña febril del vientre y heredera

del sueño de la tierra —rosa intensa
fluyendo hacia la rosa
de sombras del origen:
hoguera, húmeda luz, gacela,
ávida cabellera, rayo de voz, arena
donde beber la sed, el miedo, la tersura
de los tigres y aves y peces de la sangre.

Algo hemos matado.
Todo lo que tocamos es lenguaje.

Nuestro siglo se rompe,
se derrumba, se quema.

Llega el alba, sonrisa
para entrar al infierno.
Llega tu vientre y cierra
mi palabra apagada.

*(Altas hogueras voces torre en el
río noche*

circular y profunda

Poesía: estrella de silencio,

agua nuestra

¡Ah, justicia, justicia!

metales de la ira

Esta secreta música escalándome.)

Algo hemos matado.

y la palabra aguarda.

XVI

Así escribo y conozco

y penetro en tu carne estas palabras

únicamente, amor, únicamente

porque la vida que sostiene al poema

su lenguaje, sus signos

sean claros

y el mundo verdadero.

LECTURA DE SOMBRAS

Comenzaste a morir y a darte cuenta de que el misterio no va a extenuarse nunca. El despertar es un bosque de hallazgos.

JOSÉ EMILIO PACHECO

Palabra: cuchillo, relámpago que se mueve entre máscara y rostro, entre cielo y sangre; espada que discierne los cuerpos de la muerte; espejo que recobra en su universo de azogue al universo: pedazos de la materia revelada. Escrituras...

Deseo encontrar los hilos secretos de mi voz, instantes del Abismo. Copiar en el fuego los signos que funda la energía manifiesta, el eterno día de la Creación. Fijar el vértigo, el grito, el vuelo, el vuelo de la vida sobre la tierra original. Pero...

I

Voy olvidando, olvido

Las aguas que me dieron la vida, esta ribera...

Avanzando en la sombra, investido de heridas, pulo obscenos
cristales; me contemplo morir como animal que extingue su
especie.

Pero alzo
Esta memoria infame
sobre los recios árboles que deshace la noche.

Siento latir rostros sin nombre
por detrás de esta máscara
que me inventa y condena.

Aquí —bajo mi mano que la sombra ha tejido—
dulces bestias avanzan, planetas retroceden,
rezan turbias ancianas. Cantos, melodías de moda
hace mil siglos, renacen, suenan, sueñan.
Sacerdotes, escribas y notarios
sollozan tercamente. Vuelan mares siniestros.
Peces comulgan lentos con algas ponzoñosas.
Entre raíz y alas mi voz dispara escamas,
desampara naciones, muda de piel; extiende
los ritos, la leyenda, los dioses embriagados,
sus hambres, el cuchillo, el amor que entregamos
al juego de la luz y al viento, al viento.

Este rostro que toco es del otro, es de todos.

Hablo por vez primera.

II

En mis ojos se abren tus ojos, lector, maduran, caen...

Hablan y un mar de sombra embiste claridades.

Avanza la verdadera playa de las cosas:

Del sol nos llegan tiempos de danza.

El desierto recuerda potros, torres, banderas.

Viajan ciudades ágiles en un sueño de oleajes
que cubrieron la estepa y la montaña.

Por la pampa navegan mil fantasmas a vela.

Brillan armas, palabras y estrellas bajo tierra.

La mirada abre puertas sobre mundos silvestres.

El paisaje nos hunde en este espacio impuro.

Aquí fue el mar. Recuerda.

Vuelve tus tiernos ojos al pasado:

Mira las rocas vivas y la hierba

que nuevamente se estremece y grita.

Creemos con la hierba.

Una floresta impía nos devora.

Las imágenes grandes se comen a las pequeñas.
Imágenes que el agua revela pero exilia.
El río que repite una memoria henchida
pero derrama el vaso.
Somos agua en el vaso.
En las palabras duermen, amor, todas las cosas.
¡Ah, los dedos del sol rompen mis labios!

Con mi nombre pintaron libros, templos.
De adobe y argamasa se armaron las ciudades
para incendiar los brazos de la tierra.
Siempre estuvo mi casa cubierta de tatuajes.
El fuego, la arcilla, el alfabeto, el hacha,
la espiga, la rueda, el número, la estrella,
alzaron en sus hombros la maldita,
la radiante tristeza de los hombres.

Arde la voz.
Tú que escuchas mis cantos,
lector, que das la vida
a estos ángeles sucios,
toma mi mano. Tu mano está cantando.

III

Los hombres y las cosas amanecieron divididos.
Por las aguas floridas, por los bordes
de una laguna abierta como flor de los juegos
de jóvenes guerreros,
sobre el pecho de jade de los días funestos,
las miradas de aquellos rostros dobles.

¡Otra vez asesinan a tu pueblo, Oh Dador de
la vida!

Ahí sobre la danza de piedra en Tlatelolco,
en Chichén, en Maní, en Uxmal, en Palenque.

*Ellos enseñaron el miedo.
Vinieron a marchitar las flores.
Para que su flor viviese
dañaron y sorbieron la flor de nosotros.*

Escribiste, poeta, clamaste:

¡Castrar al sol!

*Eso vinieron a hacer aquí los dzules.
y entonces los dioses fueron abatidos.*

¡Ah, los gordos caciques, los señores de poder
que bebieron el espíritu brusco de las bestias!
¡Ese ruido, ese ruido que asoma por encima
de nuestras cabezas, no nos deja dormir!
Ya no se reúne la sabiduría
Allá, en Teotihuacan.

IV

Y hubo un tiempo en que el tiempo
cabía en los manteles del almuerzo,
en los limpios manteles, bajo el día incansable.
¡Qué ritmo el de la luz y los cuchillos
sobre frutos y tiempo y árboles y lluvia!
¡Qué poder y qué lujo el del idioma!
El de fundar las cosas, el de cambiar el polvo,
el de empezar la vida desde los ojos múltiples
de los niños nacidos sobre el canto del mundo,
en la infancia del aire, bajo la aldea fresca
de sombra y de hierba y primavera:
Porque mi pueblo era, como el fuego,
un clamor abrazado a unas chozas y a un árbol.

¡Ah!, mi pueblo tenía, como la linda Ur de los
caldeos,

su sastre, sus ritos y sus juegos; un policía,
un cura,
su Consejo de Ancianos, dos o tres comerciantes,
el brujo confinado
en su áspera colina, guardavías, capitanes de
Feria, de danzas, de templos
y de haciendas; dueños-de-la-floresta-y-
de-las-vacas;
el alcalde, vecinos, niños, niñas. ¡Campanas!

V

Alumbrando con cirios el recuerdo
vuelvo al poblado-fuente, mecedor de mi
infancia:
Un punto convergido y divergido, inventor de la
música,
cesto de duendes e ingenuas alimañas:
los ratones del sueño, las abejas del canto.
¡Ah, pequeño planeta coloquial
arrullado, emplazado por cálidas maderas,
por el prado llovido, por los cántaros
rotos en las piedras del día!

¡Oh, aromas Oh, tacto Oh, claridades!
Se abre la memoria como fruto que estalla
y cubre de pulpas y resinas violentas las ramas
del poema: alquimia de sueños y de horas vividas.
Toco el fervor, respiro los calores, las aguas
subterráneas; el color, la fatiga de pájaros y
bestias bajo el sol en su estatua fija
y calcinadora: ¡Mediodía!

Caen lentas y frescas las hojas del naranjo.
Suda el cacao, revienta la sandía.
Los señores del agua atraen a los niños
con sus risas remotas, con los juegos perdidos.
La caverna y el bosque eran la voz del mundo
cuando el día portaba los anuncios extraños,
los clamores secretos de la aldea vecina
y en la noche era el ritmo de las palabras nuevas
y en el alba el idioma conducía otros ríos.

Luego pasaba un tren largo y cansado, detenía
un momento las fanfarrias del humo, y rodaban
manzanas y tías y sombreros, osos de
circo y otras cosas lejanas.

La víspera del día de mi ausencia, en el
atrio del templo, un anciano del pueblo me

contaba

que en su niñez visitó la blanca casa de
Abraham. Y conoció después y sirvió al
general Salvador Alvarado. Y quemaron los
santos.

Y aquel hombre sin edad avivaba la hoguera.

Recuerdo sus palabras:

“Un día tuve que marchar a Babilonia
cuando los carros imperiales de Lagash nos
visitaron.

Después que Hamurabi destruyó las murallas
de Ur”.

Allá en el pueblo, veo
cruzar la pesada caravana
de una nueva campaña electoral.

En los Ojos	Llora
del polvo	intermi
un niño	nablemente.

VI

Estuve contemplando tu rostro a la luz
de la tarde.

En los mundos visitados por los ángeles oscuros
se abrían grandes puertas.

Ahíta de humedad la enredadera
saca de las cenizas de mi pecho estas aves
que así nacen y en tu ser se convocan.

Mujer: para erigir tu casa contabas con tu amor
—con un amor de tigre y floresta—
y conmigo: aire tenso, lento y desapacible
que mueve sombras, que siempre roba el fuego
y se escapa y consume las praderas y un
día, lívido y sustentado en su tristeza, retorna.

Mujer: he aquí tu casa: estas piedras alzadas
contra el helado tiempo: estas pocas palabras
y esas tercas imágenes que viven en el muro.
Es bien pobre la casa pero al mundo
dan verdad y sentido, belleza, nuestros hijos.
La maldad la ignorancia oprimen estos días.

Los asesinos vienen a sitiar nuestra casa.
Están muy cerca ya nos rodean disparan.
Deja estas turbias cosas: las horas y la tierra
calcinadas.

Por aquí por aquí

Tomemos el camino abierto entre
la roca este túnel cavado en las noches
de mi tiempo en los sueños robados a la
abyecta pasividad con que contemplo
a perros carniceros que ladran y asesinan
en nombre de la patria.

Ya nada encontrarán
sino la sombra.
Sin nosotros la casa
es un sepulcro vacío
aguardando otros muertos.

VII

Brisa de luz

He perdido la batalla florida.

Vivo con este corazón
donde pelean águilas y tigres.
En buena lid he ardido.
La derrota esparció cantos...

Siento sed. Amanece.
¡Amigos míos, muero
de claridad de sueños!

*No acabarán las flores
No cesarán tus cantos.*

Versión corregida: octubre 1983

II

Elegías y cantos

(Elegía por las ciudades mayas, 1981)

OFRENDA

*A la memoria de Antonio Mediz Bolio,
Ermilo Abreu Gómez,
Alfredo Barrera Vázquez.*

*A los dioses que están en las estrellas.
A los sagrados pueblos resplandecientes.
A las provincias del trigo y del maíz.
A los reinos de la danza y el agua.
A la historia múltiple y secreta del polvo.
A la poesía sustancial de América.*

*En el nombre de Aquél
cuyo nombre se dice suspirando.*

Juntó la sabiduría
más profunda oída en el aire
del primer día del mundo.

PABLO NERUDA



PIEDRA DE TIEMPO

Soy el rocío de las nubes y el llanto del cielo.

Esta fue la Palabra, el Discurso primero
y hacia el Sur, en la clara garganta de la
tierra,

brotaba el agua de luces de la sangre.

Soy la luz que edifica la Escritura.

Así hablaba Itzamná, el sembrador de
nombres,

el Señor de la flor de las Auroras
y era el Esposo, la Vida, la Sustancia.

Era la Arcilla y era el Alfarero.

Era el Artista... y la voz del Supremo
venía entre su voz a la tierra recién hecha
y, Oh Itzamná, el Creador Impronunciable
quiso tocar la tierra con tus manos.

Y la tierra era buena.

Y de tierra colorada hizo el barro sagrado.

Y le dio vida al barro... y lo hizo concebir.



LAS ISLAS

Aquí la crónica del viento.

Aquí la lluvia.

Aquí la voz del Espíritu
que se partió en las islas
de nuestra sangre hecha
de palabras malditas.

Ya todo ha sido escrito.
Pero vosotros sois la nueva voz
que se levanta y habla:

Sabéis nombrar,
sabéis decir América:
Madre isla,
Mazorca de las islas.
¡Ah, las islas cayendo!
¡Ah, maíces sembrados en el agua!
¡Ah, las islas naciendo
al amor de la espuma!
De la Jícara azul del cielo
caían
y caían
maíces encendidos
sobre el agua.

¡Ah, sabedlo poetas, caminantes!
Esta Isla de Sangre y Esperanza
será un día la Patria de los hombres.



INVOCACIÓN A ITZAMNÁ

¡Oh, Tú, Señor del Canto y la Palabra!
Decidor del Origen y el Destino,
siento mi voz lejana
—mi voz, abeja joven:
muzen-cab diminuta.
Siento en mi voz lejana
llegar a mi garganta este poema.

El aire está temblando
y olorosa retorna la brisa del Oriente.

Las letras de mi nombre están cantando
para decirte, Señor, que desde antiguo
desde lo más antiguo yo quería
cantarle a los jardines que nombrabas.

Mi voz es una lluvia
de risa y miel y fiestas en la hierba;
mi voz, como la lluvia, es una danza;
esa danza nupcial del viento con el agua
que riega lunas pequeñas en la arena.

Porque entonces llovían tus palabras
y al chocar con la tierra en cantos se tornaban
y los cantos en pájaros
y los pájaros abrían el rumbo a las ciudades.

Guiaban a los hombres tus pájaros-palabras
a los hombres que llegaron de muy lejos
que venían del agua y del fuego y del aire
ya que aquí fue la tierra.
Vinieron de luz que en sí mismos llevaban
que entonces se veía
y que esculpió los templos y escribió su destino.

Pero después del tránsito,
de la sangre mordida de luceros
—el éxodo, el sollozo de la sed
a la muerte—
se dijo que venían de muy lejos
...y los hombres llegaron.



OCÉANO Y LLANURA

Y el tiempo de las aguas llegó.

Aquella luz antigua del Atlántico
las ciudades del agua
y la conjura de antorcha de las islas
se apagaron.

Quedó el agua desnuda de ciudades
frente a un blanco alarido de gaviotas.

Las islas eran fogatas combatidas:
candelas habitadas por el viento y la noche.
El gran Dios del Océano
devoraba iracundo las ciudades del agua.

Se levantaron las aguas contra el hombre
y marcharon a Tol-lán, la de las áureas puertas
la ciudad siete veces circundada de oro
y quebraron sus dioses y sus templos.

Y los hombres sintiéronse desnudos.
Y con su sed y su hambre caminaron.
Se oyeron los lamentos del caracol marino:
sorda monotonía en laberinto alto,
rosa de las oceánidas atlantes sumergidas.

Y las aguas cantaron

en la clara garganta de la tierra.
Y cayeron heridos los brazos del océano.
Y es que el tiempo llegó:
el tiempo de la Perla, el tributo del agua,
en la clara garganta de la tierra.

Y he aquí que el Mayab ya existía
pues había nacido antes del agua,
antes del fuego, de la tierra y del aire,
porque el Mayab ya era.
Y despertaba entonces sobre el agua.
Amanecía entonces
entre el salto del venado
—corazón del mundo—
y el vuelo
de los suaves faisanes de su espíritu.

Y apareció Itzamná entre los Hermanos,
entre los siete Varones, Esposos de la Tierra,
y se vieron entonces las ciudades del Reino
que eran la Corona del blanco Chaác del Norte:
Señor del pensamiento en la serena altura.

Y descendió ceñida de dioses la Corona
hasta la roja tierra de los hombres.

Las ciudades del reino de Itzamná
fueron visibles
y la llanura amanecía
entre un estrépito de pájaros
y el grave resonar de corazones.



CIUDADES DEL ITZÁ

Los padres de la tierra
itzáes fueron dichos
y en su habitado nombre
los hijos de las aguas,
hombres santos, nos dicen.
No eran muchos
como el *Mayab* lo canta.
Venían con Zamná;
al frente iban sus cantos
sembrando las ciudades
y enseñando a las aguas
la fresca penitencia
de los pozos sagrados.

Chichén Itzá, sabiduría y música,
Serpiente que se tiende junto a las viejas

aguas;
Uxmal, la que se alzó de pronto
levantando semillas;
Itzamal, la más antigua,
santa como la piedra elegida del Camino,
la Casa del Espíritu
y en el centro de la cruz de los vientos
el así edificado corazón del Itzá.

En Cuzamil, las golondrinas
cantaron a Moán, la primavera,
desde el vientre
de las diosas de la luna.
Y el verde Ixcanleox,
el gracioso Señor,
el Señor-del-capullo-de-hojas,
el dios hermoso y joven,
la fuente de la vida,
la espiga de maíz
que se abre en la noche,
sonreía.

Y todo era en el tiempo
del Señor sin nombre,
en el hermoso tiempo del Ser impronunciable:

Aquel cuyo nombre se dice suspirando.

Hoy se dice *Maní*, y el indio llora.

Hoy se dice *Maaní*

y enciendo estas palabras.

Todo pasó. Maní.

Lejanas las semillas

están golpeando aún

sonajas en la historia.



PERLA DE LA CORONA

Este es el Libro de las ciudades blancas:

la perla o el recinto

de las enormes piedras labradas y tendidas.

Chac-na-cutún y Sac-lac-tún que dicen:

Esta es la luminosa piedra blanca del

camino.

Así lo dice la laja escrita:

Dzibichaltún

a la húmeda *orilla de los cielos:*

Chichicaán

y así lo dice el canto del pájaro
en el corazón de la ceiba sagrada:
Ti-hó. Ti-hó, que sólo es música,
el trino del gran pájaro
que se ahoga en el alba.

Pudo crecer el canto, sin embargo,
hasta el rostro grande y sereno,
hasta el Rostro del Señor
que hace nacer los cielos.
El canto que escribe
en los *yanaltés* del cielo
el destino del maya.

Y el canto entero suena:
Ich-caán-zi-ho
Y rebasa las lindes del poema.
Y el poema se quiebra como un cántaro
que derrama los jades mojados de mi llanto.
Y en mi voz que amanece y se levanta
lloran todos los dioses y los hombres
por las ciudades muertas
y por los tiempos crueles

por la tumba del sol
y por la rota casa de la luna.



MEMORIA EN PIEDRA BLANCA

Y acaso vendrá el día en que todo
se despierte y hable

CHILAM BALAM

Ichcaánzihó, lugar
donde se tendieron las hamacas,
donde durmieron los dioses
en las claras hamacas
del viento y de la lluvia.

Ichcaánzihó, lugar
donde sonó la profecía.

El tiempo canta y dice:

Ich-caán-zi-hó

La memoria se enciende
y no sé si este sueño
es lumbre de mi alma
o el aroma
de un recio bosque antiguo.

Mi memoria es en el tiempo
de la hermosa Mayapán:
a plena luna, pendón del maya
y en sol oscuro, poder y sangre;
sonora fortaleza del Señor Kukulcán
que vino por los rumbos del Norte
arrastrando serpientes y doncellas feroces.

Guerras del alba, guerra
entre los dioses niños,
entre los dioses brujos
y entre claros y oscuros,
dioses rotos.

Y el tiempo del descanso del Sol
nos fue llegado.
El tiempo del Silencio
en el seno del Padre y de la Madre.

El Universo fue a dormir, a soñar
y a preñarse con el agua
de las estrellas vírgenes,
con la flor de los sexos
que no tocó la aurora.

Así lo dijeron los profetas tigres.
Así lo escribieron los balames
en la piedra de los templos solares.

La luna lloviznaba su ritual cabellera
sobre las aguas dormidas y bajo el dulce aire,
cuando extraños orfebres esculpieron
la mueca de Coatlicue
en la piedra sagrada,
en la sal de la tierra.

Y sonó el tunkul negro.
Y sonó el tunkul negro.

Y aparecieron las máscaras
de la guerra y el hambre.
Y soplaron los cuatro vientos
sobre el Mayab.
Cuatro huracanes eran
y cuatro veces cuatro
llovió la mala lluvia
sobre el jade y la tierra,
sobre el maíz y el agua.

Y sonó el tunkul negro.

Y sonó el tunkul negro.

Y rodaron los astros consumiéndose
por las llamas hambrientas de los cielos
y lloró la lechuza siete veces
sobre un cementerio de estrellas y ciudades.

Y sonó el tunkul negro.

Y sonó el tunkul negro.

Y en el año de los rojos ídolos,
en el exhausto año de los viejos ídolos,
llegaron otros hombres de turbios
horizontes
con la cruz en la espada,
con la espada en la cruz.

Y sonó el tunkul negro.

Y sonó el tunkul negro.

El Universo fue a dormir,
a dormir y a preñarse con polvo de soles:
los jóvenes soles derramados
cuando la tierra fue estéril,
cuando el mar había muerto,
cuando el fuego devoraba a sus hijos

y cuando el aire llevaba duros vidrios,
cuchillos de veneno y muertes súbitas
en su piel de serpientes y relámpagos.



EL CANTO DE LA TIERRA

He olvidado de pronto la memoria
y quemé los papeles
del poema violento:
las bárbaras endechas
de las piernas morenas restregadas
contra el hierro sudado
y el azafrán enfermo.

Ya otros ríos me nombran en las venas
y en mis ojos se asoman dos abuelos
que están plantando olivos y maizales.

Una alondra mestiza sueña y canta
en la trunca pirámide.
Ahí mi corazón sacrificado
ritualiza nupcias
con la hermosura en fuga de los pájaros
y las hondas caricias de la muerte.

Y sin embargo soy,
sigo siendo el que escribe este poema.
Y estoy aquí, en la noche,
en la nutricia noche
que surca las candelas de mi nombre
(Jesucristo embriagado con balché,
Balam que escribe con símbolos latinos
lo que ha soñado en maya).
Y soy en mis hermanos, soy el viento,
soy el agua, los fuegos y la arcilla
que cantan en los bosques patriarcales.

Y aquí espero la señal de los tiempos
para encender al Sur, sacudir las sonajas
y devolver la tierra a la poesía.
Despierten los chilames de mi canto,
derrámese mi voz que es sólo sangre,
sangre abierta de luz y pedernales
para decir su ofrenda a las ciudades.

Mérida, te estoy mirando
y se me nubla la voz cuando te miro.

Manos de flamboyanes se levantan
y ante mí doblan sus dedos incendiados.

Se levantan copales, fogatas y campanas,
osamentas de templos, densos humos, luces
extrañas, gritos, metales y sonidos, voces
incomprensibles: lenguaje que otras aves
sembraron en tu vientre, en tus palabras.

Ciudad: vaso lleno de América,
de esta sola esperanza adolorida.
Te estoy buscando, ciudad americana,
y te busco y te quiero
entre estas sombras altas;
miro cómo te enciendes
en las sonoras playas
del continente amargo
hasta el fondo de todas
las cosas que me hablan.
Están vivas las cosas
y conmigo te buscan
el labriego y las gentes más sencillas.

Canta el pueblo y dispara.
Estoy con el obrero
cuando rompe las piedras que te ocultan;
se levantan los hombres y te encuentro
en la aurora que encienden los fusiles;

suda el hombre la vida
bajo nuevas ciudades que despiertan
sobre ojos y selvas que se apagan;
siento la flor y el canto
golpearme la garganta
y así, herido de sol y de paisajes,
desato en mis palabras los tigres de la sangre
y oigo voces antiguas, digo voces
que vienen de lo oscuro...

¡Ciudades! Alta es la Edad,
hondo está el corazón, el polvo canta.

Oh, tierra, ciudad mía, madre mestiza
nuestra,
con un golpe de soles educando el recuerdo
yo te daré un poema que será como un hijo.

Acaso será el día
en que todo se despierte
y todo hable.
Seré entonces poeta,
mis huesos serán verdes:
las torres para el canto
que soñó Pizlimtec.

Podré decir tu nombre y tu linaje,
alumbraré tu rostro, despertará el polvo,
nacerán en espigas los muchachos celestes
y los hombres sabrán por qué nacieron.

Yo ya seré mi voz únicamente.

Estaré en Chumayel

y hablaré las Escrituras:

Despertará la tierra por el norte,

Itzam despertará

y lo dirá la oropéndola

en aquel nuestro idioma

de tiernos universos.

El Alba irá pintando las sílabas del viento.

Saldrán todos los ríos de los pozos sagrados.

Y volverá a brotar la Flor de las Auroras.

Y cumplirán su justo destino los poemas.

Mérida, 1964-Toluca, 1976

SALUTACIÓN AL DIOS TOLO

(*Tolcan*: lugar del dios Tolo. *Tolotzin*, *Toloacotzin*,
Coltzin: deidad ancestral, tutelar y epónima de Toluca)

A mi hijo Arturo

1

¡Ah, Tolotzin, Coltzin, Toloacotzin!
Dios extasiado y reclinado, hermano:
Máscara de imposibles, Señor de la Neblina:
Dueño de la Nevada y la Ventisca
Donador de la Hierba sagrada y de las luces
Dador de la vida Maciza y Duradera
Padre de los Sabores
Abuelo de menjurjes y del humo
Capitán de la Danza de la Tierra
Nahual tutelar de estos valles adánicos
Diosecello heráldico del Sueño
Deidad humedecida de humanidad
Tributo de los mares remotos
Oh, tú Supremo barman del toloache.

El aire frío, inmenso
de tu historia aventada

azota a los arqueólogos
desnuca a eruditos y antropólogos
y echa a la barranca
a poetas malitos o académicos
Mientras que tú, divinidad encantada,
cobijas a filólogas nórdicas esbeltas
y borras con un bostezo olímpico
las tercas escrituras aborígenes.

Ah, dios Tolo, Tolotzin, Toloacotzin...
Ampáranos, protégenos
de los bueyes pedagogos insomnes,
de las letras doctorales o amargas,
de los males y los malos políticos,
de los viejos mayordomos impunes.

Reúne a los hermosos camaradas
en tu teoría de nubes y de salmos.
Devuélvenos el sol y la mirada clara.
Entréganos la sal, los ritmos:
El vuelo blanco de tu soplo y tu cierzo.
¡Embriáganos, concílianos, encántanos!

Regreso ahora a tu sueño de milenios.
Vislumbro de nuevo las ondas que te ciñen.
En el poema asciendo hasta tu cara
y te digo un secreto con la voz de los vientos:

Ayer —parece que fue ayer, Tolotzin—
la primavera tardaba un poco más, ¿recuerdas?
Gozosos gira-mundos te rodeaban
como tú plenos de sonrisa y de frutos
tanto en la adversa como en la dispersa
hojarasca del oro...
Romerías, algazara, verbena, ¡iluminarias!

Vuelvo así a ese tianguis sagrado
en el que cobras poemas al viandante
a cambio del honesto riachuelo
de estaciones cumplidas o medidas
en su paso y su peso cadenciosos.
El invierno se cuelga más tiempo
de las ramas, como tú lo mandas.
Y siempre nos enseñaste, Oh Tolo,
que el viaje existe para llegar al mar
y no para quedarse en una nube estampados.

También te digo:

Con la flama de tu nombre he recobrado
el rostro y el camino de los días
que desde siempre deparaste a mis cantos.

Tu nombre va aclarando la memoria
y los pueblos que hablan en mi sangre.

3

Dice el poeta Owen:

*Volveré a leer teología en los pájaros
a la luz del nevado de Toluca.*

*El frío irá delante, como un hermano más esbelto y grave,
y un deshielo de dudas bajará por mi frente.*

Hace unos veinte años encontré esa ciudad.

Escribí entonces:

He conocido el aire de Toluca

*Y supe que en la piedra, en el jade de otro tiempo,
cruce por los espacios donde gira la doncella
...y penetré la sombra de una ciudad que sueña
la palabra.*

—¿Qué música nació con la memoria?—

Dije entonces:

Un canto oyó mi corazón

por el hondo sendero de cipreses y sauces.

Hoy te digo: Toloacotzin,
dios extasiado, reclinado,
que te inclinas. Nos miras
con la mirada del mar
—el siempre contemplado:

Como aves mensajeras de lluvia
—y como nubes—
llegan semillas
—blanca invasión de almas—
y el libro de pinturas
de tu brisa:

*Con cantos escribes
Con cantos das color
a los que han de vivir
en la tierra.*

En ese nombre tuyo, Toloacotzin,
Tolotzin, Tolo, Coltzin, padre,
estrella, hermano, abismo, muerte,
agua, aire, fuego, hijo /
en esta lluvia

el hombre, el día, el mar, los tiempos
y el canto, el canto, el canto,
recomienzan.

Para que todo se cumpla, Señor mío,
es condición urgente que nos digas tu nombre.
Para que arda el canto.
Para que el mundo valga.
Y más nos vale, Coltzin, que te cante.

Llegan lluvias y mundos.
Abre ojos y brazos el poema.
Gime la oscuridad, Tolotzin;
suelta
piedras
y dioses
sobre el espejo de agua de los días.

Toluca, invierno 1990

[De *Salutación al dios Tolo y otros textos toluciertos*, 1993]

CHARLA CON LA EXTRANJERA
(HOMENAJE A ROSARIO CASTELLANOS)

Amiga, conversemos:
Del amor de los días
del trabajo en las manos
del placer de mirar y de la gente;
de las personas con las que charlas
acodada en la barda
“como vecina afable”
y a prudente distancia.

De tu muerte de relámpago azul
—fuego invocado—
que mata un poco
a quienes aprendimos la lección de quererte
en medio de este mar agitado por tu palabra
desolada, justa como el deseo o el tiempo.

Dejaste para la vida lo que amabas:
el poema, el saludo, la caricia, el instante
que “no quiere más que ser y pasar”;
la ternura secreta de los días que vienen.

Eres ya una memoria:
la grande casa abierta, el ancho patio
que comunica con el tiempo de todos.

Hoy encuentro vacía de frutos la palabra
y la escritura ciega a la luz, viva en la sombra.

La condición final: las palabras que hablaste
se encienden lentamente sobre la piel del otro.
Porque es otro el que vive nuestra vida.

Y hasta los años que perdimos viviendo
son del otro: son de aquellos que alzan
contra el viento de la voz esta piel ávida:
“la superficie pulida de las cosas”.

Si el que se va se lleva su memoria
“su modo de ser río, de ser aire”
nos queda en la palabra otra memoria:
la del tiempo encerrado en
la celda del nombre y el espejo del rostro
y que en la sombra alumbra su escritura.

Amiga, conversemos,
cada uno reclinado en su ventana;

después de todo recibiste, a su tiempo,
de quien los debe dar,
los dones y las armas, el desamor, los premios
y el amor de los tuyos, la atención de los otros.

Nos dijiste, con la voz de la tribu,
la crónica de los días presentes,
de los días pasados, y supimos
que toda fecha es cruel.
Que “nuestra historia la escribe,
reptando entre cenizas, la serpiente”.
Tuviste dioses a quienes instruir,
demonios hermosos y ladinos
que te dieron el triunfo, las medallas,
ceremonias feroces, noches blancas;
tuviste oído para acallar elogios,
manos para saber, ojos para tocar
el veneno luminoso del mundo.

Aquí debo rectificar tu encargo,
Empalmar tus palabras.

Para alumbrar el orden de mi casa
y develar las voces de la sombra,
debo darme la vida que me falta

recordándote, amiga, recordándote.

Y repetir tu nombre hasta que al aire

sea verdadero otra vez.

Hasta leer los signos que sepultas,

el código que callas;

hasta palpar en tus manos

ese collar de jades que nos pone al cuello el saber

que son leales los corazones de nuestros amigos.

Reencontrar las horas entrañables

en que el poeta Rubén Bonifaz, el claro hermano,

elegía los caminos del canto y nos decía:

“Y será verdad que se vive en la tierra,

puesto que la tierra es el único sitio

en donde se puede establecer la amistad”.

Pero no amaste nada tanto como el fuego.

“Condenados a vida”, repetimos

las señales y el rostro del fervor.

Mientras el otro adviene, resplandece.

Sí, no fue tu destino

el del viento que llega

solo y desmemoriado.

Fue el del canto.

Por eso espero
que se cumpla en mi muerte
tu promesa:

“Te lo voy a decir todo cuando muramos.
Te lo voy a contar, palabra por palabra,
al oído, llorando”.

Para esto vivo, amiga. Para oírte.

Septiembre 1974
[De *Secreto a voces*, 1993]

ESTAMPA ANTIGUA

Llega el peregrino al poblado campestre.
La iglesia se agita; tiemblan sus campanas.
Tras los libros de misa la catequista espía:
Inundados de cera los dedos fervorosos
repan un rosario de cincuenta delirios.

Y pasa el extranjero por las calles aldeanas.
Su caminar levanta el polvo adormecido.
Las ventanas, arriba, conversan en sordina.
Un sacristán respinga y va hacia la cantina.
Doña Mariana exhibe una blusa de encajes.
Otra vecina ostenta su rebozo de sueños.

Las comadres opinan que es guapo este viandante.
La modista proclama un traje de azucenas
para la niña alegre que con los niños dance.
Dos trenzas se arrastraban por bizantino patio
y las casas lucían colorines de fiesta.

Cuando la noche fértil se tendió en los tejados
salió de la botica un sopor naftalino

y con brazo de estrellas, la luna al peregrino,
le trazó sobre el bosque otro nuevo camino.

[De *El Sarcastiricón*, 2001]

EL PUEBLO DE LA INFANCIA

Los duendes del recuerdo
me complacen:

Vuelvo al poblado agreste
—Mecedor de mi infancia—
un punto divergente y divertido;
inventor de la ingenua geometría.
Fuente de luminarias y nostalgias:
Las abejas del canto
Los ratones del sueño.

Mas esta aldea estaba
ceñida por los círculos concéntricos
de aquellas campanadas teológicas.

Por tangente tenía un pentagrama:
paralelas del hierro entre la hierba
que entonaban las ansias infantiles
con la fanfarria de humo de los trenes.

Una iglesia altiva y pudibunda

en mística querrela con el cura
rompía a sollozar todas las tardes
sobre el pueblo con mantilla de crepúsculo.

El gallo centurión alborotaba
pidiendo el santo y seña de los días.

La estrella matutina aclara nuestros sueños.
Caen lentas y frescas las hojas del naranjo.
Se abre la memoria como fruto que estalla.
Se abre la memoria:

*Suda el cacao, revienta la sandía.
Los señores del agua y de los astros atraen
a los niños con sus risas remotas,
con los juegos perdidos...
La caverna y el bosque eran la voz del mundo
cuando traía la noche los anuncios extraños,
los clamores secretos de la aldea vecina.
Yo recibía el ritmo de las palabras nuevas.
Y en el alba el idioma conducía otros ríos.
¡Oh, claridades!*

En la temprana noche los postigos se cerraban.
El almidón dejaba de crujir (ah, la nodriza vela).

Sólo quedaban vivas las luciérnagas: lumbres
cautivas de los montes, la fogata de zarzas...
Entonces el pueblo se dormía
en la flameante seda del arrullo.

Las apariencias del mundo
eran su única realidad verdadera.

Pende la siempre luna sobre la aldea de infancias
de los hombres de toda condición y de todo linaje.
Esta es la hora de atardecer en que los niños del
mundo, juegan por las calles de los pueblos...
—“¡Niños, se está haciendo tarde!” (dice la voz).

Mérida, marzo 1988

[De *Secreto a voces*, 1993]

UN DÍA

Un día murió Juan,
maestro de mi pueblo.
América soñaba
barcos, aviones,
pesadilla de misiles
y trincheras;
un sueño de fronteras
de sombras y de miedo
de metralla y banderas.

Un día murió Juan,
maestro de la escuela,
y su mujer, mi padre,
un labriego y mis ojos
clavamos su madera
en el desnudo monte
de la aldea.

Juan no asistía a misa:
no tiene camposanto.
Otro polvo, otro canto

moreno: el de la tierra,
lo cobija, lo instruye.
Y como era de tierra
crece en maíz y en trinos.

Lo dicen, lo recuerdan
Rosa, mis versos,
el pueblo, sus hijos,
los niños, los caminos...

[De *Biografía de mi nombre y otros poemas*, 1998]

IMÁGENES PARA DESPEDIR A LAS PIEDRAS OSCURAS

Se trata de hacer que su alma sea monstruosa... Digo que tiene que ser un *vidente*, tiene que hacerse vidente. El poeta se convierte en vidente en virtud de un largo, inmenso y razonado trastorno de todos sus sentidos.

ARTHUR RIMBAUD

I

Pasan las piedras

Pasan

Ahora soy el río

Sueña Suenan la niebla

Canta un árbol

Pasa un barco fantasma

con su capitán vivo

Pasa la aldea

Pasa toda la aldea

de la sombra

Pasan alcaldes, ruedas

Pasa un otoño joven

se pasea
y desata las palabras
 radiantes:
 las del agua
las del día en el agua
 Y amanece.

Viene el río
Nos trae Nueva Imagen
—Cuna de claridad:
sernilla, día, danza—
Me llevo entre palabras
el rostro de un muchacho
—Tenía el corazón
cansado de palomas.
Rostro que sobrenada
la muerte de los pájaros.

Nueva Imagen, Diosa,
dale aire a este sueño:
Es tan vasto, es un río
de imágenes antiguas:

II

Cantan en Atenas
los efebos
en los templos de Apolo
y Afrodita.
Ahí escuché:
“Todos venimos de la luz.
El alma lo recuerda
o lo olvida”.
y mi alma recuerda:
Veo
el oculto brillo de tus ojos.
Veo tus muertes y tus días.
Veo tu alma, muchacho
Es igual a tu cuerpo
y tu imagen es única:
Los ojos de los hombres
la esculpieron.

En Delfos
tu belleza
era un canto
sagrado

Un designio
Un relámpago
Una manera suave
de ser dios
en la tierra.

Anduvimos descalzos
entre las ceremonias
y el vino
de los templos.
Engendraste poemas.

Viste en mis ojos
el deseo de ti
y fuiste mío.
Por tu armonía clamo.
Esta vida sin tiempo
huye de ti y de mí.
Pero te sigue el mundo
y tu rostro deshace
la voluntad del caos.

En tus hijos
acrece la hermosura.
Soy y

somos
el río.

III

Vamos en la afable corriente de la música.
En la ribera el tiempo, las hormigas...
Somos peces en alto.
Pasan ríos de aire, pasan días.
Somos las manos altas del huracán.

Pasan los profesores municipálidos.
En tu mirada vienen los tiempos verdaderos.
Llega una nueva tormenta de claridad.
Tiembla este abyecto pueblo de lacayos
que ha infestado las orillas del Nilo.
Crece el río de imágenes.
Agonizan obispos, patalean.
Se despiden y ahogan generales,
reyecitos, banqueros,
notarios, diputados, mayordomos,
veinte mil albañiles de poesía,
siete abogados de Wall Street en México;
un millón de industriales aborígenes
y un crítico:

Todos mueren contentos en el río de
imágenes. Todos mueren contentos.
Pero mueren.

IV

Suelta el agua la sal
Desata sus fantasmas
Deshace sus fronteras.
Llega la claridad
y la intensa ternura
de los tiempos vividos.

El idioma ha crecido en los frutos del acto.
Nadie nos quitará lo que hemos soñado.
Aparecen jardines de palabras.
Crece el bosque de actos del porvenir.

¡Oh imágenes! ¡Oh frutos legendarios!
Noche poblada del sueño de los árboles
Noche vasta y colérica
Noche para engendrar a los ángeles
Para embriagar y seducir a los dioses
Para soltar al nahual Para saber
que todo pasará como el agua

y que todo llegará, amor mío,
como el sueño del río
con los pasos del río.
El silencio del agua
nos dará la hermosura: la armonía.

Déjame que te diga cómo suena el río.

V

Pasan ríos de sal y aire
Mecedoras, palmeras
Trompos, ojos
Osos, alas
Monedas y tortugas
Brujos y brújulas
Empresarios, carruajes
Caracoles de tierra
y mar.

Río de las imágenes
Olas, días
Río de estas imágenes
tan mío.
Todo es transparente.

y la palabra danza,

Vamos hacia adelante de la crónica.

Se borra el miedo.

Vuelve el entusiasmo

de existir y de amar.

Con la mirada enciendes, tocas cuerpos.

Pero en tu piel, poeta,

crece el tenso tatuaje

con que los dioses muestran

su rencor: su memoria.

VI

Los frutos de la tierra

son palabras del agua.

Río: bosque de imágenes

Bosque de alas

Bosque de imágenes

con alas:

El rostro de mi padre

—fuerte, amargo—

como ojo del mar
y algas, sueño
Estas letras son flamas
Iluminan
Espejos de la sed
Cuevas del miedo
Iluminan el siglo, las hormigas
y a palmeras, palmeras, redes, alas
Ríos de sol y rosas, imágenes. ¡Oh días!

Las palabras son lámparas, antorchas.
Prenden fuego al poema: a tus miradas.

Ah, quememos el mundo
—vaso de olvido, corazón del tedio—
Mas dejemos ardiendo una palabra
la palabra
que desate las palabras del agua.

VII

Cuando llegué a tu casa
conocí la transparencia
honda del tiempo
Y el poder invisible

La energía invencible
con que nacen
y aman las palabras.

Pasan ríos de sal
Edades luminosas
y oscuras
Mareas, terremotos
Albas, bestias
Risas, cintas
Pasan astros y rostros
Pasan piedras y hojas
Pasan ojos
Pasan niños, aldeas
Pasan naciones ásperas
alfabetos, ideas...
Todo es transparente:
Sueña Sueña la edad.

VIII

El calor de mi voz
deshace grandes tiempos de hielo.

Ahora escuchas las palabras del agua:

El mundo es ya tu casa, nuestra casa.
La noche enciende el sueño de la luz.
Oyes tu nombre en la voz de aquel pájaro.
Oigo, en la voz de unos pájaros, mi nombre.
En la galaxia hay islas que responden.
Hay que poblar la luz de esas estrellas.
En nuestras manos brotan nuevos astros y dioses.
Desde tus hombros cae el agua de la sombra
y mis ojos levantan la oscuridad: El día
aparece en el mundo toca incendia
las alas de las cosas: todo nace.
La luz abre los ojos:

Amanece

El hombre se levanta
Deshace un bosque de sombra
a manotazos
Danza Canta

Arde el miedo
El sol habla
Los mundos se saludan
con signos y señales
Todo fluye
en esa luz antigua

que irradia tu mirada.

Pasan las piedras

Pasan

Ahora soy el río

Sueña Suenan la niebla

Canta un árbol.

Toluca / DF, 1983

[De *La flama del tiempo*, 1989]

LOS AMANTES SABEN

Y se van llorando, llorando
la hermosa vida.

JAIME SABINES

¿Se da el ser en palabras?
Los amantes lo saben.
Pero callan.
Sólo un silencio grave
los enlaza
mientras hablan las manos
los ojos y el deseo.
En ellos la poesía
está hecha de actos.

Sabe el amante de cuerpos
fundados en la llama.
De esa oquedad del tiempo
en que se aman.

Los amantes conocen
el tiempo y la sombra

y las piedras del alba.
Han medido la noche.

Saben también
de la piel invocada.
De cómo llega el día
entre las ramas altas
de sus nombres.
Lo que saben
lo dicen con el fuego.

Y nuevamente nombran
a la alondra y al río.
Quieren dar a las cosas
los destinos del canto.

Piensan:
para el río, tu nombre
y para el sol que pasa
ese nombre que sueña:
el mío, el de tu alma.

Todo el día reviven
la luz particular
que escondía la sombra:

ciertas voces o lumbres:
las caricias...
Ah, sus manos tejidas
modelaron las horas del abismo:
la caída, la tristeza violenta
del amor que se escinde.

En la opaca memoria
queda sólo el instante
—aquella noche iluminada
para dos— ...y el viento.

La duración del río
está en sus cambios:
en el fluir de las horas
y los rostros.

Los amantes lo saben.
Muy amorosamente se despiden
—*pero abrígate bien*—
y van en busca del amor.

Cada uno se dice:
*te encontraré de nuevo
en otra gente.*

Y vive en todo amante
una parte del alma
del amado:
una inquietud, la llama
que nos muestra la tierra
de mañana.

Al fuego del espíritu
lentamente se queman
viejas fotografías
y palabras.

[De *Biografía de mi nombre y otros poemas*, 1998]

rompen sus banderas de posesión y resplandecen
La hora en que la luz se despide amorosamente de las formas
que imagina la noche /
Cuando las amargas ciudades invocan su apagada condición
con la lumbre secreta de las piedras.

(¡Ah, nodrizas de pueblos! ¡Oh, costumbres! ¡Fervores!)
La hora en que se quiebra la realidad del mundo y
saltan los radiantes prodigios desde el ojo del mar.
En ese INSTANTE
el mar es solamente una galaxia apasionada. Y canta.

Y conoces entonces que después de la tormenta,
al iluminarse de nuevo nuestros corazones,
los recuerdos que han vivido ciertamente los tiempos,
sus deseos, hablarán,
como hablan aquellas imágenes
que en su brillo retienen un gesto del espíritu,
así como se juntan los ratones y los murmullos para conspirar.

Y sabremos de plano que nuestra vida en Occidente
—esta mala película de policías y banqueros—
únicamente ha sido un sueño que hemos soñado juntos
y que finalmente ese sueño está exhausto: destrozado.

Un sueño un lento turbio sueño todo esto.
Pero no interrumpas hoy nuestro sueño extasiado:
Deja que la naturaleza despierte y nos despierte.
¡Ah recias claridades! ¡Esplendor! ¡Destrucciones!

Piensa nada más en el vuelo
de las aves marinas primordiales.
Desnúdate, amor mío.
Desnúdate de la sombra de los nombres y los siglos.
Desnúdate del polvo.

Desnúdate ya de toda patria y de cualquier ángel
del Cielo o del Infierno.

Desnúdate y danza.

Pon los pies en la danza:

en la materia eterna que saldrá con nosotros
a recibir la poderosa primavera en las montañas.

En las aguas del sueño cantan las manos de los hombres.
El porvenir no es más que una intensa mirada del Océano.
Oye caer las ramas y los años, los frutos y los astros.
Mira cómo brilla y se extiende el hilo de la música
y cómo el mundo se derrama de su oscura inocencia
sobre el latido inmóvil del universo que es el tiempo.

Aquí comienza el vuelo de las aves marinas primordiales.
Un rumor transparente que atraviesa la tierra y la despierta.

Toluca, marzo 1991

Versión corregida

[De *Biografía de mi nombre y otros poemas*, 1998]

TATUAJES

(EVOCACIÓN Y LECTURA DE RAÚL GARDUÑO)

Hoy diría una palabra de las que
guardo debajo del alma.

R.G.

I

“Ahora escribo,
pongo árboles y caminos frente a mis pies
y comienzo a dar saltos
aplastando el corazón del tiempo”.

Pero cuando no escribes
los días se amontonan
El sueño es ala oscura
El amor quema todas sus naves
Las horas pasan vacías
como frutos que el viento seca y pisa
Hay un ruido sin río en el poema
que se anuncia y no llega.

Seda invisible de ojos tejidos y deshaces

para atrapar a Ulises, palabra.
Torre / radar / antena / telaraña
Tu alma crece para irradiar señales, poeta.

*¿En dónde anduve? ¿Qué rostro mío a medianoche,
abrió los ojos en los parajes del espíritu?*

En tu voz habla el viento de lo humano.
El mundo nuevamente armará su fragor:
su gloria, su derrota, sus palabras y brazos
en los tuyos, hermano, como siempre.

II

Así hablas
de que el amor cumple
con disposiciones de otro mar
que la amada es *una historia*
que jamás terminará de inventarse.
y nos dices:
El mar era un fuego devuelto
a sus orígenes de polvo.

Lo recuerdo:
El mar, que conduce los mandatos del Caos,

ordenaba la oscuridad.

Nunca el día

terminará los juegos que inició la tempestad
cuando conversaba con aquellas claridades
inmensas. Ah, lo recuerdo:

Fue una palabra sola —lejanísima—

la que desató su cabellera de resplandor y miedo
sobre la roca viva de la sombra.

El ruido de una ventana abriéndose
es la memoria incontenible del mar.

Ese ruido, ese ruido no nos deja morir.

III

¿Qué fecha es nunca?

Considera, poeta:

Eran los días ágiles, secretos,
en que tu infancia nuestra maduraba.

Tocábamos el aire con los frutos
más altos que el amor exasperaba.

Frágil edad:

El mundo cabía en nuestros ojos
y el único sentido de la luz

era mirarnos.

El mar cincelaba sus caminos
en la terca maleza de la tierra.

Las canciones y tu voz y mi alma padecían
del resplandor más cruel
en demasiado asombro, en demasiado llanto.

Y la Amistad del Príncipe encendió las mansiones
donde la noche y la luz han tratado largamente
sus asuntos. Y así, escribes:

No llamo a ninguna razón esta noche.

*Llamo a la vida como al fruto acabado de cortar
y le insisto por cosas que sólo a nosotros incumben.*

Considera, hermano mío, lo que has dicho.

A la noche le han robado un árbol.

IV

Fueron ellos: los pueblos resplandecientes
los que hablaron y aún se mueven en tu escritura,
en aquella escritura de tinieblas y relámpagos.

Los escuchas desde una furia antigua,

desde olas en pena, desde esta tierra hundida
donde las nubes que pasan son las sombras
de la alta y dispersa memoria de esos pueblos.

A veces los contemplas
pasar en el sonido lejano de su luz
cuando caen o se alzan los puentes.
A veces, en el alba
o en la tarde atraída por el alma.

Escuchas sus palabras como hilos secretos
tendidos entre el sol y ese otro sol
que en nuestros sueños más oscuros alumbra.
Esos pueblos se agitan en la sombra.
Levantán la escritura. Claman. Lloran.
El poeta no duerme cuando hablan.
En el sueño despiertan a los hombres.

Aquí fue el mar. Recuerda:

Toluca, octubre 1990

Versión corregida

[De *Biografía de mi nombre y otros poemas*, 1998]

III

El poema: eco de espejos

(2013)

DIÁFANO ARCANO (2008)

Los reinos
los instintos
de lo sagrado
no florecen
en la tierra
de hoy.

Mas si abre
el alma
los ojos
en tus ojos
verás crecer
las manos
las alas
los deseos
del Ser.

La luz entra en el mundo.
Con las voces del día
va confesando Dios
su humana forma.

UNIDAD

(ALABANZA A LA POESÍA DE JORGE GUILLÉN)

¡Qué vasto y dulce el aire!

J.G.

La luz abre abre mis ojos
El alma vuelve al cuerpo.

Con elogios a *Cántico*,
Aire nuestro, a *Clamor*,
que son el *Homenaje*
del poema al poema
Le pido a la palabra:

¡Danos el nombre
sustancial de las cosas!
En tu hablar, poeta,
esté la cosa misma
creada por tu alma.
Llévanos con tus ojos
a la casa del ser.

Y en el verso vayan

los hombres a las cosas.
Con la gracia que impone la poesía
ondulen lumbres como dedos del sol.

Jorge Guillén

Desde tu voz se anuncia:

Irrumpe el ángel

del idioma

Nombra toca la luna

—y los astros palpitan

en espiral de ecos

y esferas en espera.

Sembraste un árbol

que levanta otro árbol

de murmullos y asombros

Es el árbol que canta

Caen los frutos, sí,

caen mundos maduros.

El riguroso, fervoroso anhelo

de entregarnos la luz de tus amores

mueve las altas olas de ese vuelo

de tu cantar: sus aves y rumores.

Amores tiene el verso que moldeas
y que entonas y ciñes: este manto
—hilos hilando cosas que deseas—
ya porta voces y alas con encanto.

Voces que claman al callado cielo
para que encienda en las pupilas nuevas
el brillo, el aire que desteja el velo
de sombras que nos atan a las cuevas.

Cadencias de tiempo en vilo escribiste.
Nada del otro mundo. Todo en éste.

Del tumulto con ideas en llamas
y de un hervor de huesos en la sangre
brota el canto.

Los ríos fraternales del lenguaje
nos llegan de tus cánticos. La fiesta
de sonidos ha poblado de imágenes
los cántaros del alba que se rompen
en pájaros.

Derramas voces y luces
en vocablos que son ecos

de otras luces y otras voces.

De un *Más allá* insistente,
familiar, conversemos.

Con tu voz hablo. Escucha:

Blande, Jorge Guillén, las siete espadas
forjadas en tu fragua: estas espadas
que tienen siete filos: siete versos
de sílabas cantadas.

Entre versos de siete
nada nos desengaña.
La realidad da la suerte.
Con suerte salvas la vida.

Baraja bonito y bien.
El as de oros encanta.

El sueño y los deseos sobrevivan.

1

En azul sueña el aire.
El día me convoca.

Yo no sueño. Y acudo.
Despierto voy. Saludo
a la gente del diario
vivir. Alza la aurora
la rosa nuestra. Y clama.

2

Poeta, tus palabras
brillan y no se apagan;
vienen desnudas, dicen:
las cosas son como son.
Todo lo enciende el aire.
Sólo lo que nombramos
es ya nuestro, vive, habla.

3

La voz educa al Caos:
lanza acordes de gozos.
Guillén, entre vocablos,
lava ojos, siembra versos
o semillas de este sol.
Sí, el hombre es fábula
de máscaras sinceras.

4

El aire en soplos de luz
nos da aliento; ¡Presencias!
Aspiro aire; Realidad.
El mantel, unos vasos,
la ventana, esa silla...
¡Oh, júbilo, energía
del ser entre esplendores!

5

Estoy, estamos, eres.
Estar es ser. Y soy.
La creación irrumpe,
airosa, esta mañana;
está latiendo el alma
en danza con las cosas.
Alianzas tengo, hoy, aquí.

6

Un querer ser vivimos:
su ser quieren las cosas.
La oveja, las aldeas,

el espejo, las nubes,
los peces, la estrella,
son su ansia de ser
y estar en voz cantados.

7

El hombre quiere ser:
en su querer perdura;
el cuerpo es forma
y no hay forma sin luz.
Aire de asombros: ¡Día!
El mundo está. El ser es.
El aire vuelve a inflamar
las cosas...

El alma vuelve al cuerpo.
La luz abre los ojos.

Toluca, noviembre de 2008

ACINACAL: LA CANICA (1996)

...quedando a luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

El aire tenso y musical espera;
y eleva y fija la creciente esfera,
sonora, una mañana:
la forman ondas que juntó un sonido,
como en la flor y enjambre del oído
misteriosa campana.

JORGE CUESTA

...en los días de la voz del séptimo ángel,
cuando él comenzare a tocar la trompeta,
el misterio de Dios será consumado.

APOCALIPSIS, X, 7

VISIÓN SIN TIEMPO

El Tiempo estaba en el seno de la Luz.

El Tiempo engendró la sombra de la Luz.

Y la LEY fue después que la PALABRA.

En espirales tercas giraba la Energía
y la roca era cárcel redonda de las Fuerzas.

Se dice que la sangre encontró el corazón
porque, a ciegas, seguía el hilo de la Luz.

Y la Luz llegó a ser Espíritu y Aliento
para labrar del hombre las húmedas figuras.

Para a sí misma mirarse y palpitarse
en la carnal esfinge.

Prodigiosa es la arcilla humanizada:

Estatuilla sonora.

Intenso Mirador del Universo
al que subieron todas las especies
después de la Batalla.

Que tu alma conozca los salmos del poeta.
Pues entre el hombre y Dios sólo está la Palabra.
Y el poeta da luz a la voz, al ser, a tu mirada.



Dioses y hombres
de saber, lo musitan:

Todo estaba ahí

En esa esfera

diminuta compacta:

Tiempo del Universo

(tan de cristal

tan nuestro)

El Cosmos manifiesto

(Aquel tiempo: estos días)

Sólo deseo de la luz

(*Sin luz no hay forma*)

El fervor de un anhelo

con rescoldos del Hielo:

Abrir el ser Soltar

el Logos de Existencia:

El logos creador: ese destino

de los seres y cosas, ay, tan fino

que se esfuma o destroza

si en el flujo de contrarias esencias

no transfigura el fuego las presencias

en dualidad tortuosa.

Y sólo *La Canica* era. Y estaba.

Y esta aciaga esferilla
(tejida con azules
y el verde más oscuro
más sangrante)
quiso ser verso:

 Musiquilla
circunvalante

 Anverso
de aquel Caos sin voz:
tan triste y tan diverso
Todo labios y alas
Sueño a solas del Ser /

Quiso ser verso:
Edificar la luz
en la voz
Alzar el ritmo
de ondas y cadencias
que integrara y reuniera
—alga a nube
escama a pluma—
la tolvanera de
rocas (inminentes)
con el saber de manos
de los hombres posibles.

La esfera, sí, alfarera
 (pero ciega)
a manotazos de luz
forjaba criaturas
de enfebrecida escarcha
en los vasos mordaces
de su arcilla. Y quería
conocer la hermosura
 (la armonía)
con espejos sensibles:
 Esos OJOS
de inteligencia y voz
y lágrima nacidos.

Entrañada de ángeles
La Canica anhelaba
que los hombres
miraran y clamaran
Acinacal Acinacal

Y *ACINACAL*: *La Canica*
en carne nuestra
a sí misma se oía
palpaba y contemplaba.

En las vueltas del tiempo
de luz y sombra ahíto
Octavio Paz, poeta, nos diría:
*A través de nosotros habla
consigo mismo el universo.*

El Ser encarna en voces
(Albas de negra luz)
Con palabras inunda
estos mundos del tiempo.

Y todo estaba ahí:
el poema, el aeda,
la música: el espacio,
la canica perdida
en las infancias,
el otro Borges,
Lewis Carrol y el Gato,
los espejos y tú;
los banqueros, las hadas,
la Libre Empresa, Tlatelolco,
el desfile del Circo /
La naranja, la perla,
el huevo, la manzana:
los mapas, los turistas,

Gutenberg; las estrellas
del cine y la tv;
Sigmund Freud, Carlos Marx;
la ternura de Chaplin:
la humanidad, el tiempo:
la incesante y plateada
red de orbes
ante el rostro tenaz del astronauta;
el *Big Bang*, los sueños
de Abraham y de Brahma
Las piedras de la luna
Las lunas y la piedra
de antimateria /
La invencible curvatura del Cosmos.
el niño Einstein, los cantantes;
el corazón donde hemos existido;
los hombres y ciudades que seremos,
los dioses y las bestias
que en nosotros han sido.
Todo clamor es tiempo /
Todo deseo Aliento. Todo
nos mira y habla
con los ojos del polvo
en lenguas de silencio.

Así, pues, de profundo
sueño dulce los mundos ocupados
quedaron las palabras
que los reinos del Ser están poblando
con un vuelo de ángeles,
por el aire del fuego,
en la neblina de águilas pueriles,
y nos traen las albas y las sombras.
Sólo la noche es nuestra,
esta piel, este sueño, este lenguaje:
sólo azogue del alma, ave tejida
en la tela del agua: en la memoria.

Diosa de astros, el poeta te nombra:
Melodía de manos Vuelo blanco
Rosa del tiempo Rostros del espejo
Fulgor de tierra Epitalamio de algas
Himno de alas Diamante Acinacal

Aquí la ola es sólo
instante enardecido.
Aquí las olas tienen
el miedo de su vuelo.
Un vuelo más y el tiempo
florecerá en infancias.

La luz ya crece en bocas
para cantar las coplas
de tu bolita de cristal:
Loto de los arcanos
 Pelotilla de enigmas
Globo de duros miedos
 Golpe de dados del azar
Babel de anillos: Espiral /

Acinacal: palabra *Acinacal*

Barca de oro Soplo original

Canción de marineros

por el espacio-tiempo

Universo está en verso

Un verso es una barca

Una barca es un verso

...y un verso es una barca

y una barca es el tiempo...

Suenan formas. Murmuran las imágenes.

El poeta deshilvana su caminar

 y vuelve

la mirada a la esfera del diamante

cuando, así, resucita los vocablos

y en sus graves atmósferas el canto

desata la polifonía de los átomos.

Acinacal: Canica Acinacal

Aliento en este Cosmos convertido.

Oleaje de cristales que converge
en la curva sedienta de algún vientre.

Tierra que toca tiempo en criaturas.

Huracán de luciérnagas

Música Acinacal

Rayo de tiempos

Eco de espejos

Almendra de galaxias

Nube que estalla en soles de sonido

Toda mundos en cruz

Toda ascensión de azules y amarillos
en los gritos del rojo ¡Arca de dioses!

Toda mundos en cruz: Alma explayada

—Somos el tiempo, amor, el tiempo que ama
para que el terco río de los seres
desate el aire y la espiga y la alborada
sobre estos breves valles de amargura.

Toda mundos de voz. La voz del día
sube, inflama las alas de las cosas...

En espiral de esferas danza el mundo.
Germinan tiempos de esplendor y miedo.
Círculos de nunca acabar destrenza
un ángel. Escucha:
Todo fluye. La luz abre los ojos...



Abre la luz tus ojos: Amanece:
La Luz: Madre de Formas.
La Luz: Voz irradiante
de la Materia Eterna.
La luz abre mis ojos. Todo fluye:

La materia regresa a su costumbre.
Con el Dios Mineral, Cuesta deslumbre
y un címbalo de auroras
entretenga en la selva y la llanura
los amores del agua y la lindura
del fuego de las horas.

Dioses y hombres
por milenios de siglos,
lo han dicho, lo declaran:

TODO estaba ahí:

Todo todos las muertes

en este cuerpo esférico encerrados

en eslabón de amargos abalorios:

Arcángeles pudientes Diablos pobres

(Lucifer: portador ingrato de luz)

Las palabras flameantes

las cultas las ocultas

Mester de monaguillos y juglares...

Los frutos y terrores del Gobierno

Poncio Pilatos escuchando

este verso /

La jarra que se quebró...

Los, en su tierra, aclamados profetas

y todos los burócratas

(aunque algunos, poetas)

Todo estaba ahí:

La fusión / La fisión

La solución la di-

solución (ontológica)

de las monedas mexicanas.

¿Qué se hizo el Rey de Cuauhtitlán?

¿Qué hicieron

de las águilas centenarias

con botas?

Figúrense:

En la misma *Canica*

en un espacio

elástico

de maldita materia:

El penacho de Hernán Cortés

El Imperio Las vidas y las

viudas de los césares

El Generalísimo

Hitler Mussolini

Los papas y las papas hirvientes...

—Contra la Bestia Computada: *Usura*

Guijarros de David

Endechas de Martí

Venablos del Idioma

Dientes y sables del jaguar ancestral

La guerra del quetzal y de la iguana

La tempestad de pájaros y hormigas

Guerrillas del mosquito

Fiebres de la Nauyaca
La estrategia del polvo.

En *La Canica* todo cabe
(si el todo sabes entonar)

No nos enreden siempre
los espejos:
Lo que engloba el poema
son los ríos del ser

 La luz del ser
(Luz que invade el no-Ser)
La luz que canta:

En la Existencia
 Plumaje de presencias
 abre el ser
 labra el ser.

En urdimbre de esencias
con hebras de tiniebla
 Teje resplandores
 la voraz primavera

Nos envuelve

Nos enhebra

Nos aclara:

Dios no es su nombre

No es esa palabra

—múltiple y siempre única—

que los pueblos dijeron /

Dios no es ya

una palabra

Es el lenguaje

La Creación

alivia el tedio de Dios.

Sobre página en negro: este universo

Dios hace una escritura de luceros.

En el poema

la luz con el sonido

da el sentido /

Con las voces del río

Con los pasos del río

llega la algarabía de la luz.

Así los peces sueñan

Así hablan las aves

y Heráclito o Lucrecio

nos lo explican...
Así surca el sonido
de los seres murientes
las ondas los delirios.

Y somos lo que hablamos.
Tal como el viento dicta
la infinita leyenda
de la historia
en libros de la arena.

Tiene el amor mil rostros.
Esencia de lágrimas la luz.

Barco de nombres Suelta
tus anclas de oscuridad.
Río de las palabras, alumbrame.
Puente de lentos vidrios, despiértame.
Viento inmóvil, retírate.

Temporales del mar y de la piedra.
Cantata de esmeraldas y ocelotes.
Aquí tocas los rostros que hasta hoy no has usado.
Visten aquí las cosas las galas de su fuego.

Canta entonces		Cristal
Vuelve	Brilla	Gira
Prende	Rueda	Vuela
Habla	Sueña	Fluye
Danos tiempo		Dame lumbre
Date la vuelta		Calavera
Hazla buena		Más te vale
Breve	Aleve	Dura bola

Gana el Bien
(es de vidrio)
Triunfa el Mal
(es azogue)
No saldrán No podrán
el Bien ni el Mal
con la muerte.

Fragor de máscaras
Beso sin labios
Garabato del miedo
Relámpago asombrado /
La muerte es sólo signo,
sólo es coma del llanto.

Es cambiar de garganta
cuando una bola de voz
nos arrincona
un algo más allá de ceniza
que se derrumba y se clausura
en las tumbas del aire.

Ay, muerte panzona y seca:
Hoyos negros tus cuencas
Fuerte baila tu paso
Es de azúcar tu abrazo...

Tiene el amor mil rostros.

En el sueño navegan
astros guerreros.
Tiene la noche voces
que nos esbozan.
Tiene la sombra luces
que nos reclaman.
Ojos tiene la muerte
que nos proclaman.

Pela los necios ojos.
Abre los ojos negros:

Todo está en todo, muerte
(a ti también, comadre,
Acinacal ícuba)
y en la parte está el todo
como en la gota de agua
—de la que habla el poema—
cabe el mar suena el mar /
El bosque en la semilla.

Falta aún descifrar las primaveras.
Los anuncios del sol y del follaje.
Vuelve, hermano, los ojos al pasado:
Mira cómo tus salmos domesticar estrellas.
Vuelve un pie hacia la danza...

Ya la insaciable luz destila auroras
en los ojos y alas de galácticos mares.

Los planetas nos miran.
Los planetas escuchan
el clamor de la Tierra.
Así, relumbran.

Tiene la sangre lumbres
que nos alumbran.

A ciertas horas
y en las noches claras
tienen las cosas horas
que nos ablandan.
Tiene la vida llamas:
tiene destinos.

Cuando está en guerra el Reino
por praderas del aire
los ángeles combaten.

Acinacal, Acinacal le digo
y comienza a llorarnos:
a saber, a inventarse,
a latir, a blandirnos,
a escucharnos y a hablarnos.

Hay diáfano rumor
de espejos y destellos
en ciertos años
en instantes hondos.

Acinacal, ya colmada de sí,
se deslinda, se expande, se consume.
se revive, despierta, nos conjura.

El alma originaria: luz cumplida
—drama de sombras sobre el sueño alzado—
sale, al fin, de los poros y los rostros
y hace ondas de armonía con los ritmos
de otros bosques y aves
de otros cuerpos y astros
en la marea potencial de los seres distintos.
Dioses y hombres: siempre fuimos los mismos
en remolino ingenuo de airosos desatinos.

Acinacal, otro tiempo nos llama.
Otro sol a lo lejos se levanta.
Cubre montes acerbos el yeso de la muerte.
En la turbia estampida de los ciervos falaces
tu primordial euritmia nos asista.
Grandes rocas de tiempos se rompen en la voz.

El trigo de la voz dé su palabra.
El habla de las cosas, albas abra
en los oros del ser...
Y, dueña de las plumas y los peces,
suelte Orfeos astrales, tantas veces
como lo pueda hacer.

Sea luz el lenguaje.

Como la lluvia vuelvan los sonidos.

Árbol de la Poesía:

Dale cielo al oleaje de las nubes
Paz a la patria en fuga de los astros
Agua a los ígneos labios del Abismo
Raíces al polen del Espíritu
y —aguja del color, zarpa del rayo—
restaure el colibrí con fieros trinos
la corola quebranto de estos días.

Acinacal, Acinacal le digo
y comienza a soñarnos...

En los hombros del verbo arden los tiempos.
Con ojos de fulgor desde esa hoguera

Mira:

Cómo el Caos se instala en todo sitio.
Cómo tañen otra flama las tinieblas.

Vuela la luz en corceles de sombra.
Con el viento del sol fluyen los mundos.

Toluca, inviernos 1994-1995

ORATORIO DE LA HORA DE LAS COSAS (2008)

Las cosas llegan, nos hacen daño... y se van

PEDRO GARFIAS

Ven, cosa, yo te diré tu nombre

EDUARDO LIZALDE

La luz: la piel del mundo

JOSÉ EMILIO PACHECO

Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.

POPOL VUH (LIBRO MAYA-QUICHÉ DE LA COMUNIDAD)

I

Siempre, un niño nos mira
con los ojos del niño
que hemos sido y seremos
en la espiral de los días
y en la fábula...

Los nombres destrenzaron la hebra
de los seres: su materia indecible.
Dioses y hombres tejen o deshacen
el hilo de oro de las cosas.

La rosa el aire el cielo
son preguntas radiantes.
Son enigmas
el agua el fuego el mundo
un amigo el lenguaje
los árboles las aves...
Las cosas todas: ¡manantiales!

Los seres verdaderos
las cotidianas cosas
se miran rostro a rostro
a la luz de las sombras.

Telaraña de los ojos falaces
Las lianas invencibles del Espíritu
Los cándidos arcanos del poeta
La conjura idealista de unos ángeles
Son cuestiones, son signos:

Las cosas son palabras

Son preguntas
y las respuestas bullen
en las cálidas ondas
de la palabra *cosa*.

Habla el ser:

¿Qué nos dice, qué cosa?

Aire, ¿qué mar nuestro proclamamos?

Llama, ¿cómo te llamas?

Rosa, ¿quién perfuma tu nombre?

Cosa, ¿cuál ser te acosa?

Democracia, ¿Qué onda?

¿Qué o a quién
significas?

Si el tiempo nos denuncia o nos inflama,
sólo un nombre y la letra nos reclaman.
Sólo existe aquello que tocamos
con la rosa nombrada,
con esa rosa alerta, consagrada
por la flama de aromas de las cosas.

Voz: Breve aurora enterrada.

Sólo lo que nombramos brilla y pasa.

II

El fértil torbellino de los signos
se hace fuego de voces
en torno a las murallas de Babel.
Se hace lenguas de ondas
que impulsan a los barcos de papel.

Los libros, la ventana, ese gato
que atraviesa la luna
del espejo. Estos ojos
que beben las imágenes del humo:
las mágicas isletas del café
el cigarro fumando
volutas de vocablos
la niebla de estos días
y la radio, los diarios y la tv
que ordenan:

Adelanten o atrasen sus relojes.
Han cambiando los ritmos del Otoño
las danzas del Verano
por decreto oficial.
¿Es del Gobierno el tiempo?
Le han quitado los tiempos

de sus juegos, un domingo,
a los niños.

¿Todavía son nuestros
los instantes?

¿Son del Gobierno los días
y las noches?
Cuando ellos mueven las albas
y las tardes, el sueño de los niños,
en nuestra voz insurgen
los aullidos, las furias, los mastines,
las campanas, el tumulto, la cólera.

Claman las cosas.
Y los relojes oyen.
Nos contemplan.
Soy y somos el tiempo.

III

Oh, poetas, guerreros,
siempre brillen sus salmos
en las manos y rostros
de los hombres.
Y éstos sigan

el interior sendero
de fray Luis de León.
Ah, Garcilaso de la Vega,
Mi san Juan de la Cruz,
nuestro sueño en el sueño
de Sor Juana... ¡Oh, voces!

Lleguen siempre
a los oídos ciegos
las luces del lenguaje
de Góngora y Quevedo.

Estos son los poetas
que forjan los destinos del idioma.
Y Octavio Paz, Gorostiza, Lezama,
Machado, Jorge Guillén, Huidobro,
Pellicer, Díaz Mirón, López Velarde,
Manuel Othón, Bonifaz, Villaurrutia,
y Neruda y Darío.

Hay otros poetas en la Lengua
y en la amistad del verbo.
Mas éstos tocan fondo
en los cielos y tierras que florecen
desde el airado corazón

de las cosas.

Por lo demás
la vanguardia posmoderna
es ya una anciana gangosa
que lleva muchos años
de condesa en patines
y no sabe siquiera
mover el silabario.

El poema electrónico lo dictan
la ignorancia y los virus.
Los poetas desalmados ensucian
la esencia de las cosas.

Al resplandor del tiempo
todo viene a esperarnos
en jubilosas linfas
donde arde en horas nuestras
la poesía.
Siempre un niño nos mira.

IV

Todo lo sabe el río.

Los peces del poema
con su lumbre de espejos
con escamas sonoras
copian figuras de las cosas.

Diré algunos nombres
de poemas posibles
con su cauda de cosas.
Tales palabras
nos dirán por instantes
los deseos del mundo
los títulos del bardo
los letreros del miedo:

Secretos miedos del ser
Astillas de luceros Voz cautiva
Dios de presencias lívidas
Música escondida de la luz
Instantes que son puertos
Lluvia de imágenes
en la sed de la arena
Raya en el agua
Ese fuego del viento
Altamar de nostalgias

Somos el tiempo
Las puertas del relámpago
Contraseñas, conjuras...

V

El poeta no sabe lo que dice.
Todo lo sabe el verso.
Todo lo dice el río:
En sus ondas
todas las cosas vienen
a ilustrarnos.
En la hoguera del Verbo
el despertar es fragua de astros.
Entre chispas que inflaman el oído
se alborotan las cosas de este mundo:
piel de luz esmaltada
en los talleres órficos del alba.

La voz del hombre rompe
las cuerdas de yeso de la muerte.
La voz alcanza al ángel
en las ramas del árbol
más humano del bosque.

Todo lo sabe el río.
Todo viene a esperarnos.
Dentro de las palabras
nacen otras palabras.

Llega la noche, pasa el mundo
con su rumor de hormigas y nostalgias.

VI

Las cosas arden.
La fogata de zarza de las horas
nos da destellos de voces
o lágrimas, vocablos
para encender poemas.
El verso borda soles
en las alas del habla.

Y todo lo que existe
(el Cosmos que somete al Caos
bajo el imperio de armonía
del canto)
nace resplandeciente
(de nuevo, cada día)
en el vientre maduro

de una palabra abierta:
El universo,
que es el verso
que nos contiene a todos.

Brotan los cuerpos
con esplendor de nombres
fundados sobre el canto.
Que cada cosa llene
el reino de su nombre
y la gota de polvo
declame su galaxia
y revienten estrellas en los versos
y se queme la noche y arda el día.

VII

Dios de todas las cosas
a las que Adán dio ánimos
Danos de nuevo
el salmo donde alientas.

La hora de las cosas:
El Canto Americano
se anuncia en el estrépito

de silbatos y cántaros...
El viento de las voces
levanta albas y ojos.
Alborada de pueblos
nos trae el huracán.

La poesía es el hombre.
En mi voz soy el otro.

Que no levante un lápiz
quien no tenga
algo hermoso o siniestro
que cantarnos.
Quien no traiga
la señal clamorosa
de Caín, estampada
por el polvo irritado
del Infierno.

Yo nunca estuve aquí
Pero he cantado.

VIII

Sólo vine a decirles:

Naceremos mañana
y hablaremos
de las cosas de siempre
con lenguas de las cosas.

Otro sol, otra sal, otra voz,
otro tiempo nos llama.
*Otra mar a los lejos se levanta
a la altura de la frente del hombre.*

Estas dos líneas últimas
escribió Saint Jhon-Perse
a los 70 años, en *Crónica*, poema
de la sabiduría y de la síntesis,
y en verdad, y con su voz, les digo:
*De mi hermano, el poeta,
se han tenido noticias.*

Consideren lealmente, señores:
El poeta pone en claro
mensajes de las cosas:
Preguntas y respuestas de las cosas
puestas en movimiento
por los ríos de versos
que van a dar en la mar

—que es el vivir—
y viene el río luciente
de brillos del corazón.

Ah, puedan nuestras frases,
en los labios elegidos
por la gracia del numen,
significar más, oh Tierra,
de lo que ha sido permitido
al deseo, soñar.

Las palabras renacen en silencios.
En el silencio alientan,
antes de hablar, las cosas.

De nuestro hermano, el poeta,
se reciben noticias: oraciones.

Los ansiosos corceles de los días ardieron.
Todo alumbró dulcemente. Todo ardió.
Arde todo en el mundo. Y todo habla.
Los hombres mueren. Pero brotan niños.

Así recomienza
El himno de guerra de las cosas

El canto endiosado de las cosas
El clamor de las cosas...

Y quieran nuestras frases
En el Canto vivir.

[De *Luz de fondo: poesía 2002-2007*]

EVOCACIÓN DE LOS DÍAS EN QUE NACIÓ EL POEMA

De otro diluvio venían dos palomas
en el vuelo de los versos de Ungaretti.
Otras voces brillaban.

Un río de cristales leales nacía de mis ojos.
Recuerdo la entraña dulce de los frutos agrestes
y mis pies caminando en la floresta de palabras.
La vida era una fiesta en los jardines
y colmena de pueblos el poema.

El mundo estaba en los hombros del amor.
El motivo de la luz era imponer
la esencia de sus nombres a las cosas.
En hombros del amor llegaba el mundo.

Entonces el camino se convirtió en palabras.
El lenguaje se adhería a mi piel
como tatuaje de máscaras radiantes.

Supe leer la sombra de los días:
los himnos de la noche

las horas del asombro
el fulgor de los sueños.

Cantos, plegarias daban los buenos días.
Cantaron las barcas sus canciones:
¡Agua, no huyas de la sed, detente!

No huyas, agua, de la sed, contente
oh, clara linfa, en la memoria ávida.
Derrámate, universo, en el humano vaso
de figuras. Agítalas y fluye.

Los licores purísimos del aire
en mi ser se infiltraban.
Aire apolíneo, armonioso,
aire amoroso del idioma:
inflamaste formas y presencias
desde el caos auroral
del pensamiento a solas.

Pero llegaron tiempos
de ceniza y olvido:
las fatigas del alma
la injuria de los dueños
del instante.

El tiempo nos alcanza
cabalgando
el corcel de la muerte.

Poeta, hoy sabes finalmente:
Los ojos y las manos del poema
han labrado tu rostro.
Las alas de la muerte y de la vida
mueven tu corazón: hoguera
donde nacen y arden tus palabras.

El mundo está sitiado
por la legión de las sombras.
El poema
persiste en el aire
con los brazos
y los ojos abiertos.

Toluca, mayo 2010

HIMNO POR ALTAZOR

Alto azoro, Altazor, altos instintos:
montañas alucinadas pones
en los pies y en los ojos de tus lectores.

Imágenes del mundo: cielos, ríos...
Fosforece en la luna, tan ufana
y desnuda de sombras,
otro mar: espejismos.

Acontece la noche, el día, las batallas.
Suceden los ritos, los ritmos y los ruidos
de poemas en lucha.

Altazor el poeta, eres el hombre
que te creó:
el chileno Vicente Huidobro,
un ángel de muchas flamas,
burgués bárbaro que combatió
las falanges de gallinazos engreídos
y se alzó contra nubes de turbios mascarones.

Oh, Altazor el poema, siempre amaste
las luces, las voces y los vientos
que vienen de los astros.

Oh, Altazor es un hombre
de pie sobre el oleaje
de los sueños.

Vicente Altazor, forjaste armas:
árboles militantes
para la España sitiada, quebrantada.
Con otros poetas de los mares libres
hiciste oír el himno de cenizas y gloria
por nuestra hermana España.

Conduces los ríos
que revuelven el mundo:
ríos de planetas parlantes.
Cazaste mundos con tus tigres verbales.
La poética de la llama fue la cruz
y el oriente de tus cantos.

Tu rayo calcinaba esqueletos
que al arder, dieron luz.

Una serie de incendios, esto son los poemas.
Dijiste que el poeta es un pequeño dios
que crea otra vez las cosas al nombrarlas
con el ala y los dedos del relámpago.

El poeta vive hilvanando esas horas
permitidas a la existencia humana.

Eres el hombre, Altazor.
Tu voz nos llega inflamada de auroras.

Todo habla hoy en noche.
La muchedumbre marcha entre clamores
a combatir por la voz de los pueblos,
por la luz, por la Patria,
por el canto y la brisa,
por el trigo y los soles.

La tierra ama a los hombres verdaderos.
Entrega los frutos de la luz y del tiempo.
Los rollos del mar vivo despliegan nuevas leyes
para abrir ventanales a un claro humanecer.

Altazor, caminas ablandando las piedras.

Vienes al lado de los cristos recientes.
Yo me inclino a tu paso
y me envuelvo en las palabras de tu manto
y te ofrezco mis horas
y pongo ante tu espíritu
el fervor de mis pasos.

Apareces nuevamente en la estrella
que nos mira y nos toca.

Altazor, Altazor, Altazor...
Eres el hombre infinito.
En la niebla de estos días enciendes
estelas de candelas que nos guían.

Toluca, abril 2011

GUIRNALDAS PARA RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Amé también los labios puros de la sabiduría

R.B.N.

I. Invocación

A la mitad del camino de mis días
quise vivir los sueños, los motivos del ángel;
tener, conmigo, el habla clara,
crecer en mi palabra, alondrecer las horas.
Y encontré los destinos del poema, caminando
a tu lado, Maestro: renaciendo
en los pasos —estelas— de tu luz.

Con huesos a compás, Rubén, hombre de saberes
y decires, guardador de corderos hechizados,
instructor de lumbres y tinieblas...
busqué siempre el sonido, abrigo,
el manto, tuyo, de palabras purísimas:
alborozo, en espiral las cadencias,
árbol de pueblos del idioma; árbol

de vidas. Árbol que arde de voces.
Nos embriagas de luces.
Mi corazón de gozo atolondrado
si pudiera cantar a tu manera
brincos diera.

Con chispas de soles traducidos
traes a nuestros días
poetas y dioses que reviven
en máscaras eternas, canciones
por tu voz recobradas.

Aquí entretejo símbolos, a la buena
de Dios, al ojo llano, entre
flores de prosa, y por decir,
digo, porque nos vale, este conjuro:

Conejo azul, nahual piadoso, caballito,
danos el círculo de trasgos, tráelos
hacia el centro irradiante: Ceiba,
nodriza vegetal que savia de los siete
cielos, en la vena de pueblos, derrama.

Oigo flores de música.
Atabales, guitarras,

en noche blanca, suenan.
Eres la fiesta. Eres ya nuestro canto.
Desde tu voz me miro:
*Círculos de perlas en los huesos
trepan y hacen caminos, y la saliva
del amor y la sobresaltada
máscara del amor, se cumplen.*

Tiras las cartas, Rubén Bonifaz.
Pagas por ver. Echas tu resto.
Y tu *siete de espadas y el as de oros*
de la poesía muestras.

La vida y la muerte que nos debes,
y sigues barajándolas, aturden dulcemente.

Algo vale la vida.
Fue por suerte
que mis palabras pobres se juntaran
en tu órbita ilustre de relámpagos
sometidos por la magia.
Fue mi suerte. Que la poesía colme
de palabras riquísimas tus días.

Ha llegado mi sangre al lugar de

su inquietud. Y pido la palabra
a otro hermano mayor, a Juan Ramón
Jiménez, y con su voz te lo digo:

*No sé con qué decirlo
porque aún no está hecha
mi palabra*

Los deseos y los ángeles de tu obra perduren.

II. Amistad

Por virtud de un instante de gracia
Dios lo quiso:

Al margen de los trabajos y el estudio
tus días se disuelven en delicias
del humo iluminado, en esa hora
de la charla y del chiste y de la copa
que de amigo en amigo, van de ronda.

Y con Jaime o sin él, y otros que llegan,
a la cantina popular, alguna vez, acudes;
el sol sobre la mesa va y viene,
y aparece en los labios del pueblo,

cuando alguno, de repente inspirado,
recita: *Amiga, a la que amo, no envejecas...*

Alboroto entre hermanos:

“Eres famoso, órale”; “Salud, mi buen Rubén”;
y tan sereno, bebes el vino
de una gloria sin manchas
y una fama cortés,
y al no marearte, echas a risas
los prestigios de leche condensada
en las ubres sabidas
—Esos tales, coloquiales por cuales,
poetas que ladran a la luna de moda,
investidos con telas desganadas.

Por la amistad brindamos.

Por el amor, por la mujer que reina
en todas las naciones de tu verbo poético.

Y brindo y hago mías
palabras tuyas que son
comunes y sagradas,
y desde *Fuego de pobres*,
contigo, pido:

*Amiga, no me olvides; no me olvides,
amiga; no te pierdas, espérame.*

*Yo el de las cartas sin destino,
el de palabras no creídas,
el que siembra en lo oscuro, te lo pido.*
En el vientre o en la rosa del verbo
nació el amor y su espiga alumbrada
se hizo carne en la vida
y en los tiempos del hombre.

El poeta aclara:
Sobre los amantes da vueltas el sol.

Para decirlo a todos.
Para que recordemos juntos, escribo.

III. Fervor

En el centro alquímico del fuego, para que perdure la llama poética, ha de alumbrar una mirada que sólo en (a) sí misma pueda realizarse, asumirse y consumarse, iluminando al lector, y así repartirse en las aguas incendiadas del poema.

Fulgor en espiral rehace,
al fervor tuyo, nuestro mundo.

Con tus libros, maestro,
verso al hombro, camino,
y converso, y mis pasos mido,
y voy deshilvanando el deseo
solar de tu palabra:
No cesará el tiempo del amor.

Amigo don Rubén Bonifaz:
Los enigmas de este mundo,
y de otros, cuando los oigo
en tus ojos, son diáfanos,
y afables: ya comarcas sonoras:
este enjambre radiante
de palabras que ocupas
al nombrarnos.

El amor llega, nos contempla y pasa.
Mas este sol revive por prodigar el oro
de las horas tenidas en su manto.
Así perdura en su luz y nos impone
joyas, guirnaldas de alegría.

Con tu corona de palabras magnéticas
donde juegan su suerte el fervor y el asombro,

nos devuelves el dolor, la alegría,
el esplendor y la furia terrenales,
la gloria de estar vivos, y los mundos
que palpitan en las alas del lenguaje;
destierras sonidos sin sentido;
calcinas la miseria de espíritus vendidos;
alumbras con miradas del fuego; iluminas
los límites de la aventura humana,
los anhelos de luz y de absoluto,
el desgaste del alma por la vida;
nos devuelves el habla, el cuerpo, los deseos,
y la vida y la muerte; nos lo devuelves todo.
Y confiesas, llorando, en nuestro oído,
palabra por palabra, todo lo que nos pasa.

Para que lo cuenten y lo canten
los hombres a los hombres.
Para que no se borre el canto,
el fuego, la hermandad, la hermosura.

Y te vemos y oímos
vivir en tus palabras.

Toluca, marzo-abril 2010

DIJE LO QUE DORMÍA

Dije lo que dormía en mi palabra.
Di cauces al caudal de las sílabas
remisas. Removí otras escrituras
del agua, los aires de la luz.

La voz es luz. Hablar es ser.
Los deseos encienden el lenguaje.
Lo que toca mi lápiz, vuela:
rompe el cordón de miedos
que me ataba al abismo.

Roca y verbo se ablandan.

El poema es la música del tiempo.
El idioma está en pie. Oye su canto.
Nos alcanza el rumor. Camina el río.
La poesía desata una tormenta
de soles sobre el mundo.

El día nace el mar renace.
Recomienza la hierba.

Un árbol canta.

Basta cambiar la voz:

Todo ocurre de nuevo.

LA LUZ INVENTA EL FUEGO

Somos el tiempo en el espacio de las cosas. Alma mía contempla:

En días recientes, una tarde, llevé a mi padre a un paseo por la plaza del pueblo. Para que descansara bajo el sol de otoño. La aldea estaba envuelta en las volutas de la siesta. Las hojas de un árbol esparcían murmullos. Nadie pasaba. Miré entonces el rostro de mi padre. La noche encendió luciérnagas, estrellas y faroles. Vi nuevamente el rostro de mi padre.

Supe que él sabía que la muerte le llamaba. Nuestras miradas se juntaron. Y conocí la mirada de Dios desde sus ojos. Esa mirada se hizo voz en mi mente: *Se muere hoy, hijo, para volver a nacer en la existencia de otros seres.* Supe también que lo que damos al prójimo debe ser lo mejor de nosotros; así podremos atesorar en el espíritu la voz... el fulgor de las criaturas que amamos.

Todos venimos de la luz; con frecuencia lo olvidamos. Más tú recuerdas alma; recuerdas y musitas: la luz otorga brillos al ser contra tinieblas. La luz inventa el fuego. El Verbo nos pronuncia: anuncia mundos; éstos vienen, hablan, cantan. Vemos así y oímos:

Bajo el clamor de los días que pasan, mueren los siglos y los hombres. Pero siempre habrá niños. Los niños son las voces de Dios. Considera, hermana, alma mía: las palabras se transforman en hombres. Somos el tiempo humano. Nada nos quitará lo que hemos hablado.

Vamos a casa, hijo, a esperar el nacimiento del sol, dijo mi padre.
Unas horas más tarde llegó el amanecer: la claridad.

[De *Luz de fondo: poesía 2002-2007*]

Índice

7 Prólogo, *Alfonso Sánchez Arteche*

Retratos

21 I (1979) 🔊»»

24 II (2002)

I Para decir la noche (1973)

29 Carta a la hermana

38 Biografía de mi nombre 🔊»»

48 Enlunación 🔊»»

54 Epitafio 🔊»»

56 Once sonetos

56 Soneto de Sal a Sol

57 Génesis

58 Fuego

59 Tierra

60 Agua

62 Aire

63 Éter

64 El alma 🔊»»

65 Carlos Pellicer 🔊»»

- 66 A la poesía 
- 67 Ser del tiempo
- 69 Cicatrices, Imágenes
- 79 Lectura de sombras

II Elegías y cantos

- 93 Ofrenda
- 113 Salutación al dios Tolo 
- 119 Charla con la extranjera
- 124 Estampa antigua
- 126 El pueblo de la infancia 
- 129 Un día
- 131 Imágenes para despedir a las piedras oscuras
- 143 Los amantes saben
- 147 Disertación de Ulises
- 151 Tatuajes

III *El poema: eco de espejos* (2013)

- 159 Diáfano arcano (2008)
- 160 Unidad
- 167 Acinacal: la Canica (1996)
- 189 Oratorio de la hora de las cosas (2008)
- 204 Evocación de los días en que nació el poema
- 207 Himno por Altazor
- 211 Guirnaldas para Rubén Bonifaz Nuño 

- 219 Dije lo que dormía
221 La luz inventa el fuego



de Raúl Cáceres Careno,
se terminó de imprimir
en mayo de 2014, en los ta-
lleres gráficos de xxxxxxxxxxxx
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx
xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx. El tiraje consta de
2 mil ejemplares. Para su formación se
usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y
Sans, de Gabriela Varela, David Kimura,
Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte.
Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo
Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación:
Angélica Sánchez Vilchis. Portada:
Angélica Sánchez Vilchis. Cuidado de
la edición: Christian Ordóñez Bueno,
Delfina Careaga y el autor. Supervisión
en imprenta: Angélica Sánchez Vilchis.
Editor responsable: Félix Suárez.

cantar

de lo **vivido**

Antología personal

